REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII — San José, Costa Rica — **1933** — Sábado 22 de Julio — Núm. 4

Año XV. No. 644

SUMARIO

NUMERO DE LA REPUBLICA ARGENTINA (1)

(Iniciativa y dirección de Enrique Espinoza)

ROMANCE DEL RIO SECO

El Cacique Zarco

= Envío del autor =

I

En la plaza de la villa
Donde hay, mañana, elecciones,
Acampan treinta fuerteros
Que llegaron de Abipones.

Desde ese fortín remoto,
Previendo alguna sorpresa,
Los ha mandado el gobierno
Como guardia de la mesa.

Pues la oposición no afloja,
Y si la ley se conculca,
La función de los comicios
Ha de acabar en trifulca.

Así, las pobres mujeres,
Esos días de sufragio,
Como en las tormentas bravas
Pasan rezando el trisagio.

¡Habráse prendido velas
Entonces a Santa Rita!
Por esto la libertad
Buena guardia necesita.

Bozal y freno a la mano,
Fusiles en pabellón,
Mateando están los fuerteros
Al rededor del fogón.

Son hombres de buena planta,
Aunque muy pobre vestuario,
Pues sabido es que para ellos
Siempre escasea el erario.

Ni el quepí los más conservan;
Y entre los andrajos rudos,
Garabatea el reflejo
Sobre los pechos velludos.

En el lío de los bastos
Que sirven de asiento y cama,
No hay más que la jerga vieja
Y algún duerito de gama.

Con esas calchas y aperos,
Dan grima a cuantos los ven.
Si no fuera por las barbas,
Parecen indios también.

Que en la vida del desierto,
Ningún cristiano se libra
De hacerse medio salvaje
Por tenaz que sea su fibra.

Con que, hasta la caballada
Que de servicio traen pronta,
Es de pelo pangaré
Como la que el indio monta.



Leopoldo Lugones

Por F. Amighetti.
Buenos Aires, 1932.

Todo el guasquerío es pampa,
Según allá se acostumbra.
Las bayonetas cruzadas
Son lo único que relumbra.

Siempre andan mal los haberes,
Y hay pagadores ladinos
Que aparentando justeza
Les embrollan los cominos.

Como es y que van de apuro,
No cabe queja ni aparte;
Y con sus fajos de a peso
Le corren a uno el descarte.

Pues a cada hombre le exijen
Que vaya contando él mismo:
"Decí uno, decí dos"—
Y en eso está el embolismo.

Que desde los cinco justos,
Empieza la trapisonda
Con que, por mitad del sueldo,
Sacan la suma redonda.

"Decí cinco, dieciseis,
Diecisiete, dieciocho,
Diecinueve, decí veinte"...
Y ya está horneado el biscocho.

Mas, eso no los contrista
Ni el buen humor les rebaja,
Mientras les queden tabaco,
Yerba, guitarra y baraja.

Entre boleada y malón,
Va usted desechando penas.
Y así, para no entumirse,
Sobra en qué estirar las venas.

El encanto del peligro,
Apega al suelo más pobre.
Para aquerenciar a un pago,
No hay como el agua salobre.

II

Anda entre esos veteranos
Un rengo que hizo muleta
Con un palo de chañar,
Calzando el brazo en la horqueta.

Relevado por tal causa,
Mas, contento con su suerte,
Determinó de quedarse
Como ranchero del fuerte.

Cuatro asados ha tendido:
Tres de vaca, uno de potro,
Que será el de preferencia
Para él mismo y algún otro.

Dicen que cuando muchacho
En los toldos fué cautivo.
La costumbre de esa carne
Tendría en ello el motivo.

(Si es gorda, y estando oreada,
Yo también con ella me hago.
Mas, tiene un gusto a sandía
Que pronto causa empalago).

El hombre pinta ya en canas
Y es persona de respeto
Por lo firme, lo callado,
Lo valiente y lo discreto.

Todos sus consejos buscan,
Pues, aunque de poca labia,
El es como los antiguos,
Gente tan justa y tan sabia.

---

(1) Seguirán otros, mensuales si es posible, siempre bajo la dirección de Samuel Glusberg (Enrique Espinoza), que tan hábil se ha mostrado en esta clase de nobles empresas. Tal vez halle seguidores que en México, Cuba, Colombia, Chile, etc., etc., quieran hacer lo mismo. Nos daría gusto eso. Queremos servir. Pensamos en los demás. Recortes, páginas inéditas, retratos, dibujos, ilustraciones, todo nos llega a tiempo.

Esa noche está de vena,
Así es que, de cuando en cuando,
Parece que del rescoldo
Va sus recuerdos sacando.

Tiempos duros esos de antes
Para el hombre y la mujer.
A algunos de aquellos bravos
Los alcanzó a conocer.

Un tal Celedonio Vera,
Lancero de tanta garra,
Que se alzaba un indio en peso
Como un charqui con la moharra.

La viuda Griselda Báez,
Famosa en la tercerola,
Que tenía estancia con foso
Y la defendía sola.

Y aquel alférez Meriles,
Hombre de tan buena mano,
Que nunca se le escapaba
Ni el salvaje más liviano.

Pues, en apareando al chino,
Por bien montado que fuera,
Degollaba de a caballo
Sin moderar la carrera.

Entonces le piden todos
Que de yapa les relate
Algo del Cacique Zarco
Tan famoso en el combate.

Un indio de ojos azules,
Tendrá su historia, dejuro;
Y además nunca ha habido otro
Que los ponga en tanto apuro.

Pues parece que las tribus,
Hasta cerca del Bermejo,
Bajo su lanza maniobran,
Acatando su consejo.

Cada malón que les pega,
Acaba hasta con el pasto.
Usa poncho militar
Y lleva chapeado el basto.

Ostenta espuelas lujosas
—Seguro que son robadas—
Y le cruzan los carrillos
Cuatro barras coloradas.

Un galón de oro por vincha
Ciñe su clin de bagual,
Y en las orejas le cimbran
Aros del mismo metal.

En topándose con él,
Todos los guapos son flojos,
Porque se dice que es brujo
Y hace daño con los ojos.

Y cuando atropella al grito,
Se agranda como un gigante.
Con aquella lanza negra
Que echa todo por delante.

Entonces y que se ve,
Bajo el poncho que bolea,
El collar de uñas de tigre
Que en tres sartas alardea.

Porque no lleva debajo
Más que esa prenda y un cinto
También de cuero de fiera
Con que se marca su instinto.

Luego que así se despachan,
El cojo, después de hurgar
La ceniza con su palo—
La historia empezó a contar.

III

Sucede que en una entrada
Que hasta los toldos llevó,
El coronel Fausto Urquijo
Con mucha chusma volvió.

Para cristianarla pronto,
Y al trabajo, como es de uso,
En poder de los vecinos
Principales se la puso.

El mismo jefe, por cierto,
Sin buscarse beneficio,
Apartó una mocetona
Para su propio servicio.

Pues tenía su buen pasar,
Sin embrollos ni rapiñas.
La cautiva colocó
De mucama de las niñas.

Todavía no les he dicho,
Por más que acaso no importe,
Que era el jefe nacional
De la frontera del Norte.

Duro, eso sí, en su escarmiento,
Le achacaban, dando fe,
La matanza del Tostado
Que algún día les contaré.

Tan sólo quiero que sepan,
Que a la fin de aquel asunto,
Se despachó seis caciques
Y cuarenta indios por junto.

Lindo hombre, pelo dorado,
Alto, facciones airosas.
Decían que por la mirada
Se parecía con Rosas.

Siempre listo y bien montado,
No hubo quien no le envidiase
Su pareja de tordillos
Por la presencia y la clase.

La verdad que esos dos fletes
Eran algo superior,
Y enseñados a seguirse
Sin requerir maneador.

Y como de reservados
Los mantenía prolijo,
Cuando enfrenaba uno de ellos
Había entrevero, de fijo.

Entonces, dando coraje
Al que más collón se aterra,
En esos ojos overos
Refucilaba la guerra.

Ah varón, si era de verlo
Cuando va a fondo se larga,
Partida la barba rubia
Por el viento de la carga.

Y al tufo de la pelea,
Con la saña arrebatado,
Se le abrían las narices
Como a padrillo encelado.

Yo entonces cautivo estaba
En los toldos del infiel,
Pero lo supe por otros
Que habían servido con él.

Ahora, volviendo la huella,
Les diré que al año escaso,
Vino y salió embarazada
La cautiva de mi caso.

No hizo aspavientos el jefe,
Ni entró a indagar la avería
Que, perdonando el mal juicio,
Tal vez de él mismo sería.

Con más que no hay quien al indio,
En cosas de amor o robo,
Ni a rigor ni por las buenas
Logre ablandarle el retobo.

Así fué pasando el tiempo,
Hasta que, según les toca,
Andan ellas, como dicen,
Con la barriga a la boca.

Una noche de tormenta,
Entre la lluvia y los truenos,
Les pareció que salía,
Mas sin echarla de menos.

Coligiendo de sus mañas
Y costumbres conocidas,
Que andaría por alumbrar
Como en el monte, a escondidas.

Pero, desde madrugada,
El pueblo formó corrillos.
¡La maldita se había alzado
Con la yunta de tordillos!

Allá fué salir los chasques,
Baquianos y rastreadores.
Cien patacones de premio
Puso el coronel, señores.

Pero no hubo entre los tales
Quien pescara los morlacos,
Aunque algunos se arriesgaran
Muy adentro en los dos Chacos.

Nunca se supo más de ella,
Y menos se sabría ya,
Si este servidor de ustedes
No hubiese vivido allá.

IV

¡Quién puede llamarle vida
A tan triste cautiverio!
El trato de los salvajes
Es el rigor y el imperio.

Yo en sus manos me encontraba,
Desde que una vez que entraron,
El rancho nos destruyeron
Y a la familia ultimaron.

Figúrense mi existencia,
Huérfano allá y sin consuelo.
A mí me habían perdonado
Sólo porque era chicuelo.

Pues el indio mucho estima
Al cautivo que aquerencia
Y al mestizo de cristiano,
Según juiciosa experiencia.

Al mestizo por valiente,
Y al cautivo por capaz,
Uno para la pelea
Y otro para lenguaraz.

A esto, pues, me destinaban,
Dejándome andar entre ellos,
Y hasta, cuando había carneada,
Que ayudase en los desuellos.

Porque al cautivo no admiten
Que se arme ni de una astilla,
Y a mí mismo, por la noche,
Me quitaban la cuchilla.

Con el tiempo, y aunque siempre
Mal visto yo, por ser blanco,
Les entendía ya la lengua
Y en recursos no era manco.

Había aprendido a pintarme
Como ellos, con grana y tizne,
Y a bailarles emplumado
Con unos cueros de cisne.

Así me los fuí ganando;
Me mandaban ya a la pesca,
O a juntarles en el monte
Los hongos con que hacen yesca.

Supe agenciarme de un loro,
Y no creerán lo que digo,
Con tal de tener alguno
Que me hablase como amigo.

Fué entonces cuando la moza
Que se escapó tan resuelta,
Con la yunta de tordillos
Cayó a los toldos de vuelta.

No hubo allá placer ni asombro,
Y eso que era la sobrina
Del cacique, o cosa así,
Según me dijo otra china.

Antes matarla quisieron
Porque venía con mancha,
Y de chuzas la cercaron
En el medio de una cancha.

Pero ella se defendió,
Logrando el perdón a plazo
Luego que supo explicarles
La causa de su embarazo.

Que al cristiano aborreciendo,
Sacó fuerzas de flaqueza
Para ceder a su avance
Sin quebrantar su firmeza.

Pues lo hizo como debía
La que en trance igual se encuentre,
Para traerles buena cría
Con el fruto de su vientre.

Que esperasen hasta el parto,
Sin matarla, como es justo,
Que lindo había de salir
Por ser de padre robusto.

Si era chinita, ella misma
La ahorcaría por su mano;
Mas si era varón, les daba
Noble sangre de cristiano.

Turbados o convencidos,
Se apaciguaron con eso,
Encerrándola en un toldo
Para aguardar el suceso.

Salió machito, y lo criaron
Conforme a sus pareceres,
Mamando hasta los tres años
En otras tantas mujeres.

Ellos sabrían de quién era
Para darle esa crianza;
Pues aunque yo lo sospecho,
Mi certeza hasta ahí no alcanza.

Ese fué el Cacique Zarco—
Mas, basta por esta vez.
Quien mucho habla y monta en yegua,
Diz que nunca llega a juez.

Leopoldo Lugones

(De *La Fronda*)

Introducción del libro "El juego existencial"

(De aparición próxima)

En la filosofía, al contrario de lo que ocurre en la ciencia, la labor del pensador en tanto existente no es algo que puede ser suplido, una tarea susceptible de ser realizada por otro.

Esta labor es una oportunidad absolutamente personal.

En filosofía, por lo mismo que ella es una posibilidad del todo existencial, no cabe la relación de maestro y discípulo.

Para cumplir debidamente la tarea que es el filosofar, cada uno ha de esforzarse por ser su propio maestro.

No obstante, en cierto sentido, aun cabe hablar, en filosofía, de maestro y discípulo, pero esta relación no es otra que la que impone al discípulo el deber intelectual y ético de hacer para sí mismo su propia lección.

Sólo así cobra pleno significado la invocación a un verdadero maestro.

Movido por un sentimiento de admiración y gratitud, debo escribir en la portada del presente libro el nombre de Martín Heidegger, el filósofo de más significación de occidente, en la hora actual.

Por la pujanza genial de su filosofar ha renacido en el suelo de Germania con una profundidad e ímpetu que sólo conoció Grecia, en el pensamiento de Aristóteles, el afán metafísico.

Fué nuestra dicha haber escuchado en Friburgo la lección existencial de Heidegger, magistral e inolvidable.

No nos ofrecía un nuevo sistema—un sistema más—, ni venía a glosar viejos sistemas consagrados, sino que su lección, centrada en una nueva situación histórica, era la incitación viva y perentoria a un filosofar concreto, tendiente a develar su propio horizonte.

Comprendimos que para ser fieles al imperativo existencial, implícito en tal filosofar, la única relación filosófica que cabía instaurar con este gran maestro había de traducirse por una obligación para con nosotros mismos. La obligación de hacer nuestra propia lección, corriend el riesgo personal, impuesto por la filosofía así entendida y practicada, y la aventura especulativa de sentirnos inmersos en la movilidad histórica de una problemática surgida de una situación concreta de la existencia humana.

Los temas que constituyen este libro, aunque suponen un punto de vista filosófico—una actitud frente a problemas fundamentales—y un definido criterio metódico en su tratamiento, no sistematizan una doctrina, ni siquiera dibujan el esquema de una posición más o menos sistemática.

El filosofar concreto, a base de una situación existencial, no puede necesariamente propender a lo sistemático, a lo concluso.

Como sentenció Kierkegaard, "puede haber un sistema lógico, pero no puede haber ningún sistema de la existencia".

La existencia es lo concreto y contradictorio, cuya peculiar movilidad mantiene siempre abierto el horizonte en que ha de proyectarse e inscribirse su problemática esencialmente histórica.

Hemos abordado problemas bien concretos, abarcados por un común horizonte, el fondo histórico-existencial sobre el que, perfilándose como agudizados signos de interrogación, se plantean y, a la vez, buscan una respuesta, igualmente concreta y en función de existencialidad.

La actitud, vuelta hacia el filosofar concreto, y el común horizonte existencial otorgan a este trabajo, por sobre la diversidad de sus temas, unidad viva de nexo histórico.

En los tres primeros capítulos de la primera parte encontrará el lector algunos puntos de vista y conceptos de Heidegger, interpretados con criterio personal, el que nos ha permitido también derivar de ellos consecuencias que, según nuestro modo de pensar, eran viables y legítimas.

Así, en el Cap. I, la proyección metafísica de la noción de juego es un concepto heideggeriano, y sólo en lo que atañe a su aplicación en la esfera del juego infantil, y a las consecuencias extremas extraídas de dicho concepto es exclusivamente responsable el autor.

En la segunda parte de nuestro trabajo **(De teoría existencial)**, al discutir y valorar posiciones filosóficas cardinales, nos hemos orientado asimismo en un criterio interpretativo personal. Tomamos también aquí el camino del filosofar concreto y del riesgo de las propias opiniones en la confrontación de puntos de vista y en la forma de plantear y acotar—repensándolos—determinados problemas.

En la última sección, **Proyecciones existenciales,** hemos tratado de desentrañar la significación existencial de algulos fenómenos que reclamaban atención especial por la difusión e importancia humana o social que han adquirido en nuestros días.

En la forma de enfocar y elucidar el sentido de estas manifestaciones pisamos un terreno enteramente personal.

En **Fenomenología de la radio** y **Fenomenología del film** creemos haber indagado, dentro de una total situación existencial, el significado humano de estas manifestaciones y haberlo hecho con un criterio filosófico con que hasta ahora no se las había encarado.

Así, por mucho que se haya escrito sobre el cinema, estamos seguros que la forma integral en que aquí lo consideramos y el punto de vista adoptado nada tienen que ver con las sólitas y fragmentarias interpretaciones sobre su alcance social, o significado artístico o técnico.

Otro tanto podemos decir en lo que respecta a la interpretación que ofrecemos de la radio, y a lo que sobre ésta se ha escrito y teorizado.

En **Suicidio y tarea existencial** aportamos una tesis que no por paradojal y arriesgada nos parece menos verdadera. A base de ella, y al hilo de un postulado existencial, ensayamos explicar una trágica realidad europea: el **desinteresado** suicidio de jóvenes y adolescentes.

En síntesis, sólo hemos tratado temas que han laborado hondo en nuestra inquietud filosófica y, por lo mismo, solicitado fuertemente nuestra pasión inquisitiva.

A la interrogación que cada uno de ellos nos dirige hemos querido responder desde la situación concreta en que filosofamos, y mostrar en acción una unitaria actitud filosófica en trance de determinar su necesario horizonte.

A medida que nuestro filosofar cobraba tensión e incidía sobre zonas vitales cada vez más sutiles y vulnerables, —vale decir, sobre el núcleo extático del existir—más percibíamos que la totalidad de las estructuras existenciales en que nos movíamos estaba toda librada a un proceso trascendente, cuya ondulante línea metafísica era la del juego mismo.

Sentíamos que nos habíamos puesto — que estamos —, con nuestro pensamiento y nuestra pasión, en el juego arriesgado y trágico de la existencia. De aquí el título de este libro, en el que, tal como hemos elaborado para nosotros mismos nuestra lección, se la ofrecemos al lector.

Que ahora éste, a su vez, entre a su modo, o cobre conciencia que también él está—quiéralo o no—en el ineludible y aventurado **juego de la existencia.**

Carlos Astrada

N. del E.—De Carlos Astrada se nos dice: «joven filósofo argentino de gran valer, cuyo nombre llega de seguro a Ud. por vez primera»

El caballo y el hombre

= De *La Nación*, Buenos Aires =

No hay manera más deliciosa de hacer camino que el andar a caballo. Caminar, remar, andar en bicicleta, son a su modo ejercicios agradables, pero el movimiento muscular y la constante ocupación espiritual que exigen, ocupan la mente casi con exclusión de toda otra cosa; de modo que una larga caminata puede a veces no ser más que una larga caminata. Andando a caballo no sentimos el ejercicio; en cuanto a la aguda observación y cuidadoso discernimiento que se necesita para atravesar ciertos terrenos con rapidez y seguridad quedan a cargo del fiel sirviente que nos lleva. Hoyos, montículos, terrenos resbaladizos, las miles pequeñas desigualdades del terreno que deben ser medidas con ojo infalible, nos dan poco quehacer. Volar, o ir lentamente, pasar sin sentido sobre lo rudo y lo suave, atravesando ríos sin mojarse, y subiendo colinas sin agitación, esto sí que es placer sin mezcla. Es lo que más se aproxima, dentro de nuestras capacidades, a la vida de los pájaros, porque todas las engañosas bagatelas y fábricas volantes que han sido juguete de los vientos desde los tiempos de Montgolfier hasta ahora no nos han aproximado más a ella. El aeronauta luchando por respirar encima de las nubes sólo ofrece el triste espectáculo de la imbecilidad de la ciencia y de las imposibles esperanzas del hombre. A los libres habitantes del aire sólo podemos comparar los montados árabes, desvaneciéndose ante nuestra vista, como el halcón, en el desierto sin límites.

En el andar a caballo hay siempre un movimiento regocijante; pero si el paisaje a la vista es encantador, uno parece estar sentado sin moverse, mientras el paisaje, a la manera de un río, fluye hacia y detrás de nosotros, dando siempre lugar a frescas visiones de belleza. Sobre todo, el espíritu queda libre, como cuando uno yace ociosamente en la hierba mirando al cielo. Para mí hay en el andar a caballo algo más que esta inmunidad de la sujeción del entendimiento a que obliga el simple caminar; en el movimiento rítmico, como de vuelo, hay algo que actúa como estímulo sobre el cerebro. Me resulta incomprensible que haya personas que piensan mejor estando quietas, sentadas o de pie, que andando a caballo. Esto se debe seguramente a una temprana costumbre y al largo uso; porque en esas grandes pampas donde yo ví la luz por primera vez y se me enseñó a montar a una tierna edad, llegamos a creer que el hombre es una criatura parásita, destinada por la Naturaleza a ocupar el lomo del caballo, en cuya posición únicamente tiene pleno y libre uso de sus facultades. Posiblemente el gaucho ha nacido con esta idea en la cabeza; si es así, sería razonable suponer que su correlativo existe en una modificación de su estructura. Es perfectamente cierto que un gaucho borracho puesto sobre el lomo de su caballo se mantiene seguro en su silla. Por más que haga el caballo para echar por tierra a su jinete, éste mantendrá con sus piernas—o brazos posteriores como podrían ser llamados con propiedad—la férrea presión, a pesar del cerebro obscurecido.



W. H. Hudson

Por *Luis Macaya*

El gaucho tiene más o menos las piernas arqueadas; y naturalmente, cuanto más arqueadas las tenga, mejor para él en su lucha por la existencia. Separado de su caballo, sus movimientos son torpes, como los de ciertos mamíferos tardígrados de hábitos arbóricos cuando se les saca de sus árboles. El gaucho camina como si fuera un ánade; sus manos piden las riendas; los dedos del pie se vuelven hacia adentro como los del pato. Y aquí tal vez podemos ver por qué los viajeros extranjeros, juzgándole desde su propio punto de vista, le acusan invariablemente de holgazanería. A caballo es el más activo de los hombres. La sufrida paciencia con que el gaucho soporta privaciones que desesperarían a cualquier otro, sus laboriosos días de doma, los largos viajes que hace sin comer ni descansar, parecen a los simples habitadores de la tierra, casi milagrosos. Privadle de su caballo, y no puede hacer nada sino sentarse en el suelo con las piernas cruzadas o en cuclillas. Le habéis cortado los pies, según su propio lenguaje figurado.

En sus primeros años Darwin no parece haber poseído el poder de leer en los hombres con esa milagrosa penetración que lo distinguió siempre en sus investigaciones sobre otros órdenes de seres más bajos. En el "Viaje de un Naturalista", hablando de la pretendida indolencia de los gauchos, cuenta que en un lugar donde había mucha demanda de brazos, viendo un pobre gaucho en actitud inmóvil, le preguntó por qué no trabajaba. La respuesta del hombre fué que "él era demasiado pobre para trabajar"! Mucha sorpresa e hilaridad le causó al filósofo la respuesta, pero no la comprendió. Y sin embargo, para uno que conozca a esos amantes de las frases breves, ¿podía haber algo más claro que esa respuesta? El pobre diablo quería decir simplemente que sus caballos le habían sido robados, cosa corriente en el país, o tal vez, que algún protegido del Gobierno se los había quitado para uso del Estado.

Volviendo al punto de partida, los placeres del andar a caballo no resultan exclusivamente de las agradables sensaciones de un movimiento parecido al vuelo; hay también la noción, dulce en sí misma, de que no sólo nos sostiene una mera máquina ingeniosamente acomodada, como el ficticio caballo de bronce "sobre el que montó el rey de los tártaros", sino algo que tiene vida y movimiento como nosotros, que siente lo que nosotros sentimos, nos comprende y participa profundamente de nuestros placeres. Tomad, por ejemplo, el caballo en que algún tranquilo viejo estanciero está acostumbrado a viajar; cuán sobria y mansamente anda, eligiendo su camino. Pero si lo ponéis en las manos de un vivaz jovenzuelo, veréis cómo se hace de espíritu juguetón. Si los caballos fuesen menos plásticos, más esclavos de la costumbre que lo que son, sería necesario antes de comprar uno, preguntar siempre por el carácter de su dueño.

Cuando yo tenía 13 años me enamoré de un caballo que había visto una vez: una bestia de aspecto indómito, que revolvía turbulentamente sus ojos bajo una nube de negra

crin que le cubría la frente. Yo no podía apartar la mirada de esta orgullosa y bella criatura, y ambicionaba con un largo deseo poseerla. Su dueño —que era casualmente un vagabundo indigno—notó mi entusiasta admiración, y uno o dos días más tarde, habiendo perdido a las cartas todo su dinero, vino a ofrecerme en venta su caballo. Habiendo obtenido el permiso de mi padre, corrí hacia donde estaba el hombre con todo el dinero que yo poseía, unos 30 ó 35 chelines, creo. Después de rezongar un rato, y viendo que no podría conseguir más, aceptó el trato. Mi nueva propiedad me llenó de un goce ilimitado, y yo pasaba el tiempo acariciándolo y llevándolo por el campo en busca de suculentos pastos con que alimentarlo. Estoy seguro que ese caballo me comprendía y me quería, porque a pesar de esa mirada salvaje que sus ojos nunca perdieron del todo, siempre fué conmigo de una singular gentileza. Nunca trató de echarme por tierra, aunque — a mi gran satisfacción, debo confesarlo — sí lo hacía con cualquier otro que se atreviese a montarlo. Tal vez el secreto de su conducta estaba en que odiaba el rebenque. De este ejemplar, si no de la especie, era cierta la célebre descripción: "El caballo es un animal dócil, pero si lo castigáis no lo será". A los nueve años de haberlo comprado, una mañana fuí en él a una yerra en una estancia vecina. Encontré en el lugar a unos treinta o cuarenta gauchos ocupados en marcar el ganado. Era una faena ruda y peligrosa, pero en apariencia no lo suficiente para satisfacer a los hombres; de manera que después de haber marcado un animal y de quitarle los lazos, varios de los gauchos de a caballo trataban, por puro deporte, de voltearlo atropellándolo furiosamente a la salida del corral. Gonzando yo de la escena, mi caballo estaba muy quieto, mirando también atentamente el juego. Al último, largaron un toro que, irguiéndose de la horrible tortura. bajó los cuernos y salió al campo a la disparada. Tres jinetes salieron del montón, uno detrás de otro, y atropellaron al animal a todo correr; uno a uno el toro los gambeteó, escapando sin un rasguño. A esta sazón, mi caballo — posiblemente interpretando un toque casual que yo le hiciera en el pescuezo, o algún movimiento de mi cuerpo como un deseo de entrar en el juego—se echó a correr de pronto y atropelló como un rayo al toro que disparaba, golpeándolo en el medio del cuerpo y arrojándolo al suelo. La bestia golpeada rodó violentamente, mientras mi caballo se quedó parado como piedra, mirándolo. Es raro, pero yo no me caí; y dando vuelta, al galope me volví hacia el grupo de espectadores, los cuales me recibieron con aplausos, única manifestación de este género que he tenido el privilegio de oír. Ellos no podrán saber que mi caballo había realizado la peligrosa proeza sin ser guiado por su jinete. Sin duda había estado acostumbrado a esas cosas, y tal vez por un momento había olvidado que estaba en manos de un nuevo dueño, un dueño de pocos años. Nunca se metió voluntariamente de nuevo en una aventura de esa especie; sabía, supongo, que ya no llevaba a cuestas un infatigable demonio que no miraba por su vida. ¡Pobre Picaso! Fué mío hasta que murió. Después he tenido muchos otros caballos, pero ninguno que yo quisiera como éste.

Entre los gauchos la unión de hombre y animal no es de naturaleza tan íntima como entre los indios de la pampa. Son baratos los caballos en un país donde un hombre que no puede calzarse tiene una tropilla; y la más estrecha amistad encuentra terreno en qué perfeccionarse. Además el indio tiene menos individualidad de carácter. La inmutable naturaleza de las condiciones en que se encuentra y la vida salvaje, que es una caza perpetua, lo ponen más a nivel con la bestia que monta. Y probablemente la sagacidad adquirida por el caballo en una asociación de siglos se ha hecho hereditaria, y tiene algo de la naturaleza del instinto. El caballo indio es más dócil, entiende mejor a su dueño; el más leve toque de la mano en su cuello, que parece haber desarrollado una sensibilidad maravillosa, basta para manejarlo. El gaucho tiene que trabajar para hacer a su caballo de "boca de seda", como él tan propiamente dice; el caballo indio es de buena boca de nacimiento. Ocasionalmente el gaucho duerme sobre el recado: el indio puede morir encima del caballo. En las guerras de frontera uno oye a veces que algún guerrero muerto ha sido encontrado y bajado con dificultad del caballo que lo llevó fuera de la batalla, y alrededor de cuyo cuello sus dedos rígidos se agarraban con la fuerza de la muerte. Aun en el país de los gauchos, sin embargo—donde, lamento decirlo, el caballo no es estimado como lo merece, — hay notables ejemplos de equino apego y fidelidad al hombre, y de una amistad de las más estrechas entre caballo y jinete. Referiré sólo una.

Cuando Rosas, ese hombre de "hierro y sangre", era dictador de la Argentina—posición que ocupó durante un cuarto de siglo—los desertores del Ejército eran inexorablemente fusilados si caían en manos del Gobierno, lo que sucedía generalmente. Pero en mi niñez conocí un desertor, un hombre llamado Santa Ana, que durante siete años, sin casi dejar la vecindad de su casa, consiguió eludir la vigilancia de sus perseguidores gracias a la maravillosa sagacidad y al celo cuidadoso ejercido por su caballo. Cuando descansaba campo afuera — porque rara vez dormía bajo techo—su fiel caballo estaba de guardia. A la primera alarma de hombres montados vistos en el horizonte, corría hacia su dueño, cogía la ropa entre sus dientes y lo levantaba con una vigorosa sacudida. El fugitivo se incorporaba, y en un momento hombre y caballo desaparecían en un denso pajonal de los que abundan en el lugar, donde nadie podía seguirlos. No me queda lugar para decir algo más de este caballo; pero al último, a su debido tiempo, cuando los higos estuvieron maduros—figurada y literalmente, porque fué en el otoño de ese año,—la larga tiranía se acabó, Santa Ana pudo salir de los esteros y pajonales, donde había vivido su vida de animal salvaje, viniéndose a alternar con sus semejantes. Yo le conocí algunos años más tarde. Era un hombre de aspecto tosco, callado, y su reputación de honradez no era buena en el lugar; pero yo me atrevo a decir que había en él una parte de bondad.

Los que estudian la naturaleza están familiarizados con los efectos modificadores que producen nuevas condiciones en el hombre o la bestia. Tomemos, por ejemplo, el gaucho: todos los días tiene que atravesar grandes distancias, ver rápidamente, juzgar con prontitud, estar pronto en cualquier momento a hacerles frente al hambre y la fatiga, los violentos cambios de temperatura, y a grandes y repentinos peligros. Estas condiciones lo han hecho diferenciarse ampliamente del campesino de la península; tiene el aguante y aguda vista del lobo, es fértil en expedientes, pronto en la acción, no le da valor a la vida humana, y es un estoico para el dolor y la derrota. Incuestionablemente, el caballo que monta ha sufri-

do también un gran cambio. Se diferencia tanto del caballo inglés de caza, por ejemplo, como dos animales de la misma especie pueden diferenciarse entre sí. Nunca machaca la tierra o gasta sus energías en vana aparatosidad. No tiene el inquebrantable coraje que realiza tan brillantes hazañas en el terreno. En la caza maneja con economía todas sus fuerzas, llevando la cabeza gacha, y arrancando el pasto con los cascos, de manera que no es un animal vistoso. El uso constante, o el lento proceso acumulativo de la selección, le ha servido para desarrollar una agudeza de sentido casi sobrenatural. Los ojos del buitre, con toda la ventaja derivada de la gran altura desde donde el buitre mira la escena, no alcanzan tan lejos como el olfato del caballo de la pampa. Un fenómeno común en las pampas es la repentina emigración de los caballos de un distrito a otro lugar distante. Esto ocurre en las estaciones de sequía, cuando el agua y el pasto escasea, o faltan del todo. Los caballos emigran a un distrito donde, debido a lluvias u otras circunstancias, hay mayor provisión de bebida y alimento. Una ligera brisa que sople desde la región favorecida, que puede hallarse a cuarenta o cincuenta millas de distancia, basta para hacerlos partir. Con todo, durante los días de pleno verano, poca humedad u olor a pasto puede llegarles de tal distancia.

Otro fenómeno todavía más notable les es familiar a todos los que conocen la vida en las fronteras. Por alguna razón, el caballo del gaucho manifiesta el mayor terror cuando las invasiones de los indios. Sin duda su miedo es en parte, por lo menos, un sentimiento de asociación, porque la venida de los indios ocurre siempre en momentos de conmoción y excitación, barriendo todo el país como una gran ola: las casas están en llamas, las familias huyen y el ganado es llevado a marchas forzadas hacia lugares más seguros. Sea de ello lo que fuere, mucho antes que los merodeadores lleguen a la colonia fronteriza (a menudo, cuando todavía están a una jornada entera de distancia) los caballos reciben la alerta, y llegan al campamento a la disparada: el contagio se comunica en seguida al ganado vacuno, y un pánico general sigue. Los gauchos dicen que los caballos "huelen" a los indios. Creo que tienen razón porque una vez, pasando lejos de un campamento de indios, de donde soplaba el viento, los caballos que iban delante de mí se asustaron de pronto y huyeron, llevándome a unas millas de distancia. La explicación de que las avestruces, venados u otros animales veloces llevados por los del malón pudieran ser la causa del pánico, no es aceptable; los caballos ven familiarmente a esos animales que son cazados por los gauchos muy a menudo.

Hay una linda fábula de un perro y un gato que estaban en una pieza a obscuras, que ilustra pertinentemente la agudeza sensorial respectiva de las dos especies: "¡Oye! ¡Oí caer una pluma!"—dijo el perro. "¡Oh, no!—dijo el gato; era un alfiler; yo la vi". Se cree comunmente que el caballo no tiene sentidos tan finos como eso, y se cree que ningún otro animal puede realizar la hazaña del perro que descubre la huella de su amo sobre el pavimento de una ciudad. Sin duda la vida artificial que viven los caballos en Inglaterra, dándoles poca oportunidad de desplegar muchas de sus más importantes facultades, ha contribuido a embotarlos. El caballo inglés es una criatura espléndida; pero el noble porte, el arrojo y el inquebrantable coraje que lo distinguen del modesto caballo del desierto, no han sido adquiridos sin una pérdida correspondiente en otras cosas. Andando de noche, el caballo indio—y a veces se encuentra el mismo hábito en el del gaucho—baja su cabeza cada vez más abajo a medida que la obscuridad aumenta, ante el peligro resultante de la presencia de innumerables hoyos ocultos entre el pasto, hasta que su nariz barre el suelo como el hocico del sabueso. Es evidente que este acto es dictado por un poderoso sentido de auto-preservación; porque cuando yo he intentado levantarle la cabeza a la fuerza el animal ha respondido encabritándose y sacándome violentamente las riendas de la mano. Su milagroso olfato mide la exacta posición de cada hoyo invisible, de cada lugar traicionero, y lo capacita para pasar rápida y seguramente sobre ellos.

En la pampa desierta el gaucho, por una razón que él conoce, llama al puma "el amigo del hombre". El árabe designa así a su caballo; pero en Europa, donde no tenemos mayores relaciones con el caballo, el perro toma naturalmente la parte de preferencia en nuestros afectos. El mayor elogio que se hace hasta ahora del perro es que se le encuentra en el ensayo de Bacon sobre el ateísmo. "Porque tomemos por ejemplo al perro —dice—y observemos qué generosidad y coraje desarrolla cuando se siente apoyado por el hombre, que ocupa para él el hogar de Dios, o de "melior natura"; porque ese coraje no sería posible en esa criatura sin la confianza que le inspira una criatura superior a él". ¿No podremos decir lo mismo del caballo? Los mismos caballos que huyen presas del pánico al olor de un malón indio, cuando "los sostiene un hombre" cargan derechamente en medio de los desaforados salvajes.

Tuve yo un caballo, nacido y criado en el lugar, tan dócil que siempre que yo lo necesitaba podía ir a buscarlo donde pastaba la tropilla, y aunque los otros caballos disparaban al galope él esperaba tranquilamente a que lo tomaran. Saltando a su lomo, iba yo después a arriar la tropilla o me volvía a las casas, sin más freno que mi mano sobre su pescuezo. Yo no lo montaba a menudo, porque era lerdo y haragán; pero era el favorito de las mujeres y los niños; también se le usaba con frecuencia en trabajos agrícolas; yo podía cazar desde su lomo. En la estación de los duraznos recorría la plantación recogiendo la fruta, que le gustaba mucho; sacudía los árboles con su cuerpo, y hacía caer una lluvia de duraznos. Una noche muy obscura yo volvía a casa en este caballo. Venía yo por un camino alambrado a los dos lados, de dos millas de largo, y cuando ya estaba casi al final mi caballo se paró en seco de pronto, dando unos cuantos bufidos de terror. Yo no veía más que la profunda obscuridad

de la noche, y traté de animarlo a que siguiera adelante. Tocándole el pescuezo noté que su crin estaba mojada del repentino sudor producido por el miedo. El rebenque no le hacía nada. Siguió retrocediendo, fijos los ojos— aparentemente — en algún objeto horripilante; temblaba tanto que me movía a mí en el recado. Varias veces trató de dar vuelta y disparar, pero yo estaba decidido a no aflojar, y continué la lucha. De pronto, cuando ya desesperaba yo de llegar a las casas por ese camino, saltó hacia adelante, y atropelló al objeto para mí invisible; en otro momento, cuando en apariencia la había pasado, agarrando la pierna del freno, voló, por así decir, sobre el camino, y fué a pararse a la puerta de mi casa. Al bajarme, su terror había pasado, pero tenía la cabeza agachada, como caballo que ha estado todo el día ensillado. Nunca había presenciado yo semejante caso de miedo enloquecedor. Su terror y aprensión eran como yo me imagino que será el de un hombre que ve un duende en un lugar solitario. Sin embargo, no huyó conmigo a cuestas, como pudo haberlo hecho fácilmente, sino que, encontrándose sostenido por una "naturaleza superior a la suya", prefirió hacer frente. Nunca encontré en el perro un ejemplo más notable de esta noble especie de coraje. El incidente no me impresionó mucho entonces. Pero cuando vine a reflexionar que mi vista era ceguera comparada con la del caballo, y que sin duda no era su imaginación la que vestía de aspecto fantástico un objeto familiar, el caso me impresionó profundamente.

Debo dar fin a mi asunto, en el que, para expresarme como los gauchos, he pasado sobre muchas cosas que como el buen pasto y las hierbas fragantes el caballo al galope huele pero no puede detenerse a gustar; y en especial debo concluir con el último incidente, que tiene en sí algo melancólico. Primero volvería yo más bien por unos momentos a mi punto de partida—los placeres del andar a caballo— para mencionar una especie de placer de la que mi lector inglés no ha gozado ni oído probablemente jamás. Andando a caballo de noche por las pampas solía yo gozarme en estar echado de espaldas sobre el lomo del caballo, con los pies sobre su cuello. Y en esta posición, que la práctica puede hacer a la vez cómoda y segura, miraba yo el cielo estrellado. Para gozar plenamente de esta manera de cabalgar es necesario un caballo de patas firmes y que tenga perfecta confianza en el que lo monte; y se le debe dirigir rápida y mansamente por un terreno que sea parejo y de buen pasto. Llenadas estas condiciones la sensación es positivamente deliciosa. Nada de lo terreno queda visible; sólo el vasto círculo del firmamento brillando innumerables estrellas; el apagado sonido de los cascos sobre la hierba suave se convierten para nuestra fantasía en el ruido de las alas de Pegaso, mientras la encantadora ilusión de recorrer el espacio se apodera de nuestra mente. Por desgracia, sin embargo, este método de cabalgar es impracticable en Inglaterra. Y aunque se encontraren algunos entusiastas que lo practicaran importando ligeros caballos árabes o pampeanos de pata liviana, y se pusieran a andar por nivelados parques en negras noches estrelladas, un clamor de irisión se levantaría probablemente contra un pasatiempo tan poco digno.

A propósito de dignidad, relataré para concluir, un incidente de mi vida en Londres, que puede interesar a los psicólogos. Hace un tiempo en Oxford Street subí al imperial de un ómnibus que iba en dirección al Oeste. Mi mente estaba llena de preocupaciones, yo tenía ansias de llegar a casa, y en una forma distraída me irrité debido a la lentitud de la marcha que llevábamos. Todo ello era cosa corriente, la profunda preocupación, la marcha lenta, y la irritación consecuente. El indolente animal que yo me imaginaba estar cabalgando se aprovechaba, como de costumbre, de la abstracción del que lo montaba; pero pronto lo "persuadiría yo debidamente" que no estaba tan ido como para perder de vista la diferencia que hay entre un galope y el paso de paseo. De modo que elevando mi paraguas le di un sonoro golpe al costado del ómnibus, con gran asombro de los demás pasajeros. Tan cubiertos estamos de costumbres, hábitos y "tics" mentales y prácticos propios del suelo en que vivimos que, cuando hemos mudado de habitación, y nos hemos mudado muy lejos, los zarcillos quedan adheridos por mucho tiempo a nosotros todavía.

Guillermo Enrique Hudson

(Trad. de *J. Irazusti*)

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras).

Por la Editorial Pueyo, Madrid, José Vasconcelos ha sacado un libro nuevo:

Sonata mágica. Cuentos y relatos. Reproduciremos algunos.

Del Dr. Juan José Samaniego, ex-cirujano de la Penitenciaría Nacional:

He visto en el presidio. Observaciones de clínica criminalógica. Quito. 1933.

Dos libros de utilidad para los maestros de las escuelas:

Prof. Alberto Nin Frías: *El culto al árbol*. Ensayo de interpretación de la naturaleza de las plantas y sus efectos sobre el alma humana. Editorial *Claridad*. Buenos Aires.

Alejandro Rodríguez Casona: *Flor de Leyendas*. Lecturas literarias para niños. Ilustraciones de Rivero Gil. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1933.

NUEVOS LIBROS ESCOLARES

Flor de leyendas, por Alejandro Rodríguez «Casona». Espasa-Calpe, S. A.

Aprender la lengua es cosa más alta que aprender lenguas. En los grandes momentos literarios principalmente se ofrece toda la evolución histórica, es decir, todo el desenvolvimiento cultural de un pueblo. La experiencia muestra de modo concluyente que los niños reclaman desde la primera edad autenticidad y agrado en su relación literaria, y así saben gustar de los poemas fáciles y de los cuentos y relatos de autores eminentes, con mayor interés que de los libros escritos en la intención de acomodarse a su nivel. No debe facilitarse a los muchachos nada que no sea en cierto grado obra de arte, expresión sincera del temperamento de un escritor.

Aun podríamos aducir otros pensamientos paralelos a los expuestos, que conocen sin duda quienes sienten la preocupación de esta formidable interrogación: ¿Qué deben leer los niños? Y todo ello para justificar plenamente la nueva tendencia con que unos pocos autores y editores se producen en relación con la bibliografía escolar española.

Rein ahondó en la selección de materias-medio de llegar al fin de la educación. Si es verdad—dijo—que corresponde la preferencia a las ideas éticas en cuanto fuerzas que determinan la personalidad del hombre, entonces sólo puede aspirar al predominio, el material que sirva directamente para la producción de estas ideas. Pero el que siente la educación sabe cómo y cuánto importa en esa producción las otras ideas, las estéticas.

Bien ha pensado el autor cuya obra saboreamos en ello. Más: la ley biogenética según la cual el desarrollo del alma infantil es una breve recapitulación de la historia de la raza, le ha servido a Alejandro Rodríguez para llevar a los niños una selección enraizada en los tres grandes ciclos de interés que se escalonan sucesivamente en la historia espiritual de los pueblos: *Lo maravilloso, Los héroes* y el *Ciclo alegórico*.

Así, por el primero, el muchacho recorre gozando. las etapas más bellas de las literaturas maravillosas.

Es el segundo, el ciclo del ímpetu, y de las literaturas épicas: exaltación humana, lucha, conquista, desprendimiento de lo maravilloso, heroísmo democrático, pero sin deslumbres de cortejos bélicos. En el alma del niño, mejor en todo su ser, llena este ciclo lo que es eclosión física, e interés predominante por la acción, el movimiento y la aventura.

En el ciclo alegórico encontramos la literatura de apólogos y formas indirectas, de símbolos y ejemplarios, tan adecuados a la lectura reflexiva, al comentario, a la interpretación que es el idioma, según Juan Pablo, la más inocente filosofía y práctica de reflexión en la infancia.

Así está compuesto este libro para niños. En la selección y ordenación se ha sujetado el autor a un criterio estrictamente pedagógico; y en su realización a la más pura disciplina literaria. A nadie sorprenderá que le haya sido otorgado el Premio Nacional de Literatura 1932. Y «á tout seigneur, tout honneur»: Espasa-Calpe, S. A., lo ha puesto a la venta en bella edición ilustrada que llama justamente la atención. La bibliografía escolar se ha enriquecido con una joya singular.

El área creciente de lectores que apetecen lo selecto y entre los cuales ocupan puesto de relieve nuestros maestros españoles y los hispano-americanos, como orientadores de la infancia, agotarán pronto esta primera edición.

Egeme

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas ediciones.

El cuchillo

= De *La Vida Literaria*. Buenos Aires. =

El cuchillo es la espada del villano. Va escondido porque no forma parte del atavío y sí del cuerpo mismo; participa del hombre más que de su indumentaria y hasta de su carácter más bien que de su posición social. El estudio del cuchillo corresponde mejor que a la heráldica y a la historia del vestido, a la cultura de un pueblo; es el objeto más precioso para fijar un área de cultura.

Es un adorno íntimo, que va junto a la carne y la ropa interior; algo que pertenece al fuero privado, al secreto de la persona, y sólo se exhibe en los momentos supremos, como el insulto, pues es también una manera de arrancar una parte recóndita y de arrojarla fuera. Exige el recato del falo, al que se parece por similitudes que cien cuentos obscenos pregonan; quien muestra el cuchillo sin necesidad es un indecoroso.

El sable presupone el caballo; el cuchillo es para el duelo a pie. Dijo Lugones:

> Con el patriótico sable
> ya rebajado a cuchillo.

Por su tamaño impide que nadie tercie en la lucha; está indicando que el lance tiene intimidad y que exige la exclusión del testigo. Si es arma lo es tan temible como cualquier objeto que sólo se emplea como tal eventualmente; no tiene la forma entera del arma cuyo destino delimita el uso exclusivo; y también lo es porque sólo falla cuando falla el brazo, de donde la seguridad en sí mismo es la eficacia de esta arma. Ninguna da, como él, absoluta fe en sí, después de la victoria; el vencedor siente que la victoria es más del mango que de la hoja. Todo el mango cabe en la mano cerrada que lo oprime hasta el mismo nacimiento del filo; tiene la forma justa para ser asido, y aun cuando ello es peculiar de las armas que se empuñan, ninguna otra es tan para la mano sola; es mandíbula cerrada con fuerza, la mano que abarca el cabo, y así acentúa la intención en el colmo de la fuerza concentrada. La mano lo percibe en la esgrima como a la misma voluntad en punta, pues no exige que se piense en él, ni en lo que se conoce de él a título de técnica.

El tajo certero puede gloriar toda la existencia de quien lo aplica: siempre recordó Necochea la vez que, atravesando una tropa enemiga, a caballo y en pelo, cercenó



Ezequiel Martínez Estrada

Por *F. Amighetti*. Buenos Aires, 1932.

hasta la columna vertebral, que era la proeza en el arte del degüello, a un "godo" que se le enfrentó. Rosas lo consideró instrumento de proselitismo e hizo un rito de su uso; prohibió llevarlo en domingo, y Darwin cuenta cómo se hizo castigar cierta vez que por descuido infringió sus propias órdenes. Rivadavia prohibió terminantemente que se lo usara, con lo que también por ese lado atacó un aspecto de la religión.

La vaina arrebata el cuchillo al mundo; el cuchillo envainado está sustraído al mundo de la muerte. Es un utensilio en reposo, aunque nunca permite el ocio completo; tiene del sueño del felino y de la incógnita. Debajo de la almohada es perro fiel, y en la cintura el ojo occipital de la sospecha, de esa mitad del hombre que está a su espalda. Es más que el dinero en el bolsillo y que la mujer en la casa: es el alimento en cualquier lugar, el reparo del sol y la lluvia; la tranquilidad en el sueño; la fidelidad en el amor; la confianza en los malos caminos; es la seguridad en sí mismo, lo que sigue estando con uno cuando todo puede ponerse en contra; lo que puede probar la justicia de la fama y la legitimidad de lo que se posee.

Da autoridad porque en manos del obrero es competencia sin dejar de ser instrumento de justicia y de libertad. Con él puede el individuo, según la frase de Alberdi, "llevar el gobierno consigo". No en vano el nombre del cuchillo indica también derecho de gobernar y de juzgar. Por él se percibe a través del brazo el corte anatómico, el estertor de la víctima; y por la sangre que moja la mano, la agonía caliente, el derrame de la vida y la afirmación de la existencia personal. Es el arma corta que dificulta la ayuda; el "yo" mineralizado y objetivo librado a su suerte, a su sino, sin azar; el arma individual, el arma del hombre solitario.

Sirve, naturalmente, para subrayar la razón, para hablar con sinceridad, y en la mano infantil del niño y de la mujer, es dócil a la tarea doméstica. Corta el pan y monda la fruta, pero es peligroso llegar al secreto de su manejo y al dominio de su técnica completa. El conocimiento de su "arte cisoria" es fatal, como el de hacer un buen verso; se llega por ahí hasta donde no se quisiera. Sirve para matar y especialmente para matar al hombre del que exige determinada proximidad de cuerpo a cuerpo, eliminando cualquier ventaja, cualquier impunidad por alejamiento. Es la síntesis de todas las herramientas que el hombre manejó desde sus orígenes. Ameghino encontró cinco clases de cuchillos diminutos, de piedra, en nuestra pampa. Es la única arma que sirve para ganarse el pan con humildad y la que en el rastro de sangre denuncia el crimen. Es en ocasiones más rápida que el insulto y muy difícil de medir o graduar en la agresión, porque cuando el alma puede retractarse la mano ya cumplió el primer impulso inconsciente, por lo cual es, diríamos, más veloz que el pensamiento y está más próxima a la voluntad que el pensamiento mismo; entra hasta el puño, el índice y el pulgar tocan el cuerpo; ese contacto que bastaría para perdonar, indica lo consumado sin remedio.

Tiene el tamaño de la parte de la hoja que queda adherida al pomo, a disposición del duelista, cuando salta la espada; el trozo fiel del arma es eso que sigue firme, el pedazo seguro. Al quebrarse pierde lo que pertenecía al azar, a la fábrica, al obrero que la hizo; lo que salta roto, pertenece al metal y es el exceso. El cuchillo tiene un tamaño sin exceso, nada de azar ni de extraño, que es lo que se le ha suprimido.

El sable, el florete, manejados con rapidez, ofrecen al puño la resistencia de su longitud; hay una fuerza inerte según la velocidad y la trayectoria de la punta, que exige a la muñeca que los someta al juego y los haga ceder a la intención, mientras que en el cuchillo la fuerza va de la mano al extremo, sin que la hoja presente oposición sensible al ímpetu. La espada tiene su escuela y su estilo; el cuchillo es intuición, autodidáctica. El maestro no puede enseñar nada al discípulo; todo se aprende con el ejercicio, visteando, si se posee el indispensable don innato. Es tanto el arte de la mano como del ojo. El lance a cuchillo como exhibición carece de sentido (no es un espectáculo; es una intimidad), mientras que en el juego de la espada y el florete, la exhibición es el verdadero fin. El cuchillo no admite el simulacro, y rara vez el juego como simple demostración festiva. La única suerte de exhibición del cuchillo, la clavada, repugna a la índole de esta arma, en cuanto debe de soltarse de la mano, arrojarse y di-

(Pasa a la página 63)

América inicial (1)

= Del libro *América inicial*. Arco, Parábolas y otras curvas. B.A.B.E.L. Buenos Aires. 1931 =

La postura de la gente del sud ante los yanquis ha sido siempre de lo más apocada: o han escondido su envidia, para chillar y gesticular su miedo o su odio.—no diré que sin motivos—o han quedado en pasmo beato ante su gigantismo, plagiándolo con servilidad pigmea. Fenómeno casi fatal, este último, puesto que a la americanización gripal de nuestro tiempo, ni Europa, pese al lastre de su cultura, ha podido escapar del todo. Lo que yo quise sugerir es que con un poco más de atención y ponderación acaso hubiéramos orientado mejor nuestra conducta. Entre tanto, nada más zurdo e inocuo que la oposición a la América del oro, de una presunta Hispano América de valores ideales.

El caso norteamericano de olvido del espíritu es semejante a la tisis de los atletas: la insuficiencia respiratoria acarreada por la hipertrofia muscular. Pero el del sud es un caso de raquitismo por nutrición deficiente. Si en Norte América la devoción de lo material cobra ínfulas más señeras, es porque allí todo se hace en grande. Después de todo, quizá los sudamericanos no somos más que unos yanquis abúlicos y pobres.

Demasiado visible es la falla que ha llevado a aquella civilización al borde de la quiebra: su formidable desequilibrio entre el orbe de los hechos y el interno. Su opulencia forastera, y su indigencia íntima. ¿Mas, cómo negar lo ejemplar de su voluntad de acción y poderío, de su ejecutivo ardimiento, nosotros, gente de dejadez y de inercia?

Nuestra reacción contra el progresismo yanqui tendrá que significar un fogoso esfuerzo por inventar o revalidar valores espirituales, no un pagarnos del ocio asiático o romántico, nosotros que estamos aún tan lejos de haber solucionado los problemas primarios de nuestra realidad material. ¿Quién dirá que miento, si la misma Argentina, la más acomodada de las hermanas del sud, esconde mal un puñado de provincias paniaguadas?

Reconocerlo así, vale por el primer paso de avance. Y a propósito, es preciso no abalanzarse con un optimismo tonto para no hocicar en un pesimismo más tonto todavía.

Curioseemos: ¿hemos realizado ya, ni marginalmente, la América que soñaron sus iniciadores y tutores? No podemos engañarnos. Bolívar tendría que saber que aún viven ignorándose enciclopédicamente unas a otras las repúblicas hermanas; Rivadavia, que el latifundismo mantiene aún mostrencos nuestros campos; Sarmiento, que el abecedario aún es semilla de poco arraigo en ellos; Martí, que aún hay muchos grilletes por limar.

Un poco más de población sin duda. Más dinero también. Caminos, telégrafos, diarios de populosa clientela. Más trigo, más café, más azúcar, más petróleo. Algunas ciudades que nos quedan grandes.... ¿Y qué? Desparramamos más letra impresa, pero había antes quizá mayor cuociente de lectores atentos. Estorbaban entonces los generales, ahora los doctores y los generales acaso. Solía ser la patria para sus hijos una madre de Esparta; hoy es una mamá burguesa. Antes había menos libertad, sin duda, ahora ralea más el hombre libre.



Luis Franco
Por *F. Amighetti*.
Buenos Aires, 1932.

El latifundio significa la supervivencia del feudalismo agrario de España. Es decir, seguimos bordeando, sin intento veraz de resolverlo, el más primario de los problemas. Es decir, que en el segundo tercio de este siglo, el sudamericano no ha tomado aún posesión cabal de la tierra que pisa. ¿Recordáis, ahora, aquel estilo yanqui de inventar pueblos en pleno desierto, que Martí cantara, aquel reparto de la tierra como si fuera la misma justicia, de cuya "simétrica belleza", juraba Sarmiento, "sólo Dios puede darse cuenta de antemano"?

Sí, el sudamericano sigue aún sin comprender la significación económica de la tierra porque tampoco aquilata bien la del hombre.

Por aquí hay que buscar también la causa mayor de la urbanización de rebaño — burocrática y no industrial — de nuestra población de América donde mejor deberíamos decirnos aves de campo y cielo, que ratones de ciudad.

Ahora también resulta que los ayos oblicuos o tontos de siempre y la chabacanería oficial quieren echarnos estas pihuelas: la raza.

¿La raza española? No la conocemos...

¡Qué raza, si eso es lo que estamos haciendo y por hacer con la atropellada mezcla de todos los elementos que nos van llegando y que algún día será combinación químicamente—étnicamente—válida!

En todo caso, no hemos de asustarnos con espantapájaros de otro tiempo. Como los individuos de ahora, los pueblos modernos quieren preocuparse menos de su raza—su sangre—que de su mente; quieren desmemoriarse un poco de la zoología para acordarse más de la cultura.

Pese a las individualidades nacionales ya acusadas, los países del sud se sienten hermanos. Qué mucho, sí, por sobre el alambre de púa del idioma diverso y la destreza manca de los políticos, también nos sentimos hermanos del yanqui. Tan magnífica es la aclimatación americana. Irremediablemente, España se nos queda a trasmano.

Cada vez más lo de hispano-americanismo nos irá sonando a hueco. Ahora mismo, ya va quedando como una de esas paradojas de Perogrullo que sólo cultivan los gobiernos, con ese academismo obeso de los gobiernos.

¿Hispano-americanismo? No, sino americanismo, porque el problema es nuestro y también de los yanquis.

Poderosa es la geografía con sus manos plasmadoras, no menos que la raza, pero no son todo; poderosa es la creencia común, y la tradición análoga y la paridad de formas políticas, pero no son todo; más poderosa aún la lengua única, pero no es todo: en efecto, sólo se trata de vías convergentes hacia otra más alta que va a comprenderlas y superarlas a todas: la unidad espiritual. ¡América española! La historia no ha ofrecido hasta hoy el fenómeno de una veintena de pueblos libres, con todas las posibilidades de constituir un día, bajo el signo de una esperanza igual y la aprensión de un destino idéntico, una comunidad espiritual más viviente que todas las guerras y políticas.

No lo étnico, ni lo económico, ni lo cultural, constituyen la mayor diferencia entre lo europeo y lo americano. Lo que distancia cada día más al yanqui del inglés que del hispano-americano, y a éste más del español que del yanqui, es la **juvenilidad**; quiero significar la mejor tonicidad vital, el deseo más alerta, la más larga voluntad de futuro en el americano. El porvenir es nuestra colonia.

Como es natural, ello se delata mejor en las personalidades cimeras. Los de Europa parecen, o lo son acaso, pastores de una civilización cansada. Los de América, tienen el arrojado entusiasmo de los exploradores.

¿Cómo asombrarnos que a América no la hayan puesto para ser una tautología de Europa? Es hora que comprendamos bien esto, es decir, que sin renunciar a la fecundación europea, tenemos

(1) Leída en «Amigos del Arte».

que sacar nuestro porvenir de nuestras entrañas.

Medítese entonces, qué responsabilidad no debe pesar sobre la educación americana. Educación, el arte de formar hombres libres, digo, hombres.

Y desde luego, aquí se habla de educación integral, que no hay otra. Pues toda educación parcial es mutilación y no más. La educación, teniendo como contenido y fin el desarrollo del poder espiritual, "la capacidad del hombre para sentir la vida en su conjunto". Y así será religiosa—aunque se vista de atea — porque alcanzará nuestra conciencia profunda, purificará nuestro sentido del infinito. Ella enseñará al hombre a guardar su equilibrio, a no renegar de su condición de ser activo y contemplativo, o sea, a ir a la acción sin despojarse del espíritu. a realizarse entero. Le enseñará a portarse ante la realidad material no como esclavo o prófugo sino como señor, es decir, a conformar esa realidad a la realidad de su espíritu. Y eso será educar para la vida y no para cualquiera de sus equívocos.

Amaestrar la razón y el gusto, el músculo y el sentimiento, buscando entes de técnica eficaz y de intimidad poderosa.

Y a propósito, recordemos de paso, algo que vale la pena: en los grandes de América — que ya los tenemos—, cualquiera que sea la categoría de su desempeño histórico, está por debajo del lujo de su personalidad. Es decir, ante todo y después de todo, son hombres, largamente, sin que la profesión los enchaleque ni los encartone la academia. ¿Nos hablan de Sarmiento educador de pueblos y domador de tiranos? Bien, pero eso sólo agregado al Sarmiento viajero, al Sarmiento casero, al Sarmiento estadista, al Sarmiento escritor, al Sarmiento visionario, dan la suma de todo Sarmiento. ¿Bolívar, libertador de pueblos? Bien, pero tienen que hablarnos asimismo del Bolívar que piensa, del que sueña, del que galantea, del que escribe, del que baila — deslumbradoramente. ¿Nos hablan de Martí, "escritor maravilloso"? Sí, pero tienen que decirnos del hombre que olvidado de sí mismo, vivió sólo para Cuba, para América, para los demás hombres, con su corazón de viento y de fuego, hasta su muerte purísima.

Y urge democratizar la enseñanza por imperativo de justicia social, ciertamente, pero no menos por sospecha de que sin cultura popular la alta sabiduría no logrará hacerse vida irradiante en los elegidos.

Porque, recordémoslo de paso, héroe y multitud no son términos antitéticos sino correlativos. Pueden servirse mutuamente de espuela y espejo. Mirándose en él, ésta puede dejar de ser rebaño para tornarse legión sagrada; mirándose en ella, él suele dejar de ser mera figura de ornato y monumento para tornarse hombre esencial.

Y a propósito, no hay acción pedagógica de más alcance que la biografía verdadera de un hombre verdadero. Biografía veraz, viva, sin los rígidos o aguados convencionalismos de siempre, sin hurto de los caseros errores y las humanísimas mezquindades que dan más resalto a la grandeza y la vuelven contagiosa como la vida. Porque la imitación de los mejores es la más privilegiada idoneidad humana. Pero sólo si vemos sus resortes secretos, el héroe "deja de ser estatua de piedra, como dice Ludwig, y podemos tomarlo de espejo". Hasta ahora, por ejemplo, no sabemos lo que haya sido el hombre-Lincoln, o el hombre-San Martín.

Ello importa tanto más cuanto que aún porfiamos por cargar de eruditismo apolillado o indigesto a nuestros niños o adolescentes, reacios a entender que la educación no puede proponerse convertir a cada uno en un almacén de saber parasitario, a trasmano de la vida, sino desarrollar su personalidad en el sentido de su tendencia ascendente.

Y la educación de la mujer merecerá atención igual, y más sagacidad, ciertamente. Será la más desprejuiciada y libre que se pueda, pero, eso sí, la más intensamente femenina. Se buscará hacerla, no la sombra del hombre, ni su mal aconsejada rival, ni "un hombre del sexo femenino", sino su cómplice paradisíaca.

Y no queremos decir que la escuela o la universidad serán el único ni acaso el más agudo mentor de la educación nueva. Cada vez más la acción del pensador y del artista deberá ser decisiva sobre el pueblo. Y un pueblo será digno en la medida que sepa volverlos sustancia de su sangre y su sueño, olvidando un poco la pacotilla de cinematógrafos, teatruchos, diarios y demagogos.

Por aquellos aprenderá, entre otras cosas, que no vale la pena apresurarse tanto—delectación morosa en la velocidad es la vida de hoy—cuando no se va a ninguna parte. Aprenderá, entre otras cosas, que la trangresión de toda norma necesaria es romanticismo insidioso o barbarie regresiva: ahí está esa aberración del deportismo fanático; ahí están esa elefantiasis de la minucia y esa gloria **in excelsis** del lugar común que son del diario y el cinema.

Y no habrá cómo olvidar que lo educacional, como lo político o lo económico, no es sino cara de lo social, y que siendo el problema uno e indivisible requiere criterio y técnica de totalidad para resolverlo. Porque nos hallamos aquí, y en todas partes, abocados a un cambio inmenso que ya está sobre nosotros, como ha visto D. H. Lawrence. ¡Tiempo de cambiar! El hombre es otro y el ámbito es otro. El sentido del amor, del trabajo, de la cultura, de todos los valores, está modificándose y un día todo será nuevo. Y es posible que entonces la vida, la verdadera y no sus máscaras, aparezca como una revelación.

———

Indudablemente, el más bravío y urgente menester de nuestras democracias, es el aprendizaje de la jerarquía. En Europa no carecen siempre del sentido de ésta; en Estados Unidos hay la que crea el dinero; aquí y en el resto de América no tenemos propiamente ninguna, aunque sí un reflejo de todas.

Creo que ninguna democracia puede justificarse si no es capaz de crear su propia aristocracia. Y no una casta, cerrada o no, aclaremos, sino un rango. Un elenco de los mejores, y sólo mientras lo sean, en todos los órdenes, ocupando por derecho propio, y para bien de todos, los puestos de honor y de peligro. Eso se llama una aristocracia verdadera. La democracia incapaz de llegar a ella no es tal, sino modesta chusma. Pero hay que ser demócrata para poder ser aristócrata. Hay que cuidar la planta, y sobre todo su raíz, pa-

ra que dé el más noble fruto. Nunca un pueblo de miserables fructificó en hombres de alta envergadura. Pero si hay algo más despreciable que la adulación a todas las bajezas de la plebe, que tanto hiede ahora, porque está bajo nuestras narices, es la credulidad babosa en las aristocracias falsas, tan plebes como la plebe, porque están sustentadas por la sangre, la superstición, el dinero o la violencia y no por la única jerarquía verdadera: la del espíritu.

Por la democracia a la aristocracia, es la única fórmula válida. Que las mayorías sean la imitación de las minorías y no al revés. Que éstas sean la redención de aquéllas y no que los más terminen con el encanijamiento de los mejores. Por un lado, que la masa no pierda el sentido de lo venerable y de la vida ascendente. Por el otro, que la **elite** tenga más alerta el sentido de su responsabilidad que el de sus privilegios.

La aristocratización de las masas. ¡Qué problema para pueblos donde sólo existe el de la aristocratización del caballo de carrera o del ganado exportable!

Porque pese a la ideología medioeval exhumada ahora, la verdadera democracia no está reñida con el grande hombre, antes bien, lo depura y lo lastra con un fundamental sentido de humanidad.

Sabe a qué atenerse la América de Sarmiento, peón de minas; de Páez, criadito de un negro; de Lincoln, leñador; de Darío, mestizo; de Ameghino, hijo de inmigrante pobre; de O'Neill, estibador y bostero, con perdón de ustedes.

Entre tanto, huelga decir que casi todos los gustos y gestos de nuestras democracias denuncian a la chusma: fe en el hombre-panacea; confianza en toda enfática simulación de capacidad o probidad; indulgencia vegetariana para las transgresiones esenciales y celo dantesco ante las paparruchas; concepto bolicheril del éxito y zoológico del placer; culto religioso de las maquinitas de asombro; oscilación entre el ditirambo y el insulto; ferocidad práctica y sentimentalismo cursi; entusiasmo épico por inocentadas redondas; creencia en que el honor es una canongía y no un peligroso puesto de avanzada; supuesto de que la plebe no puede estar y está principalmente en la alta política, las altas jerarquías eclesiásticas, el alto comercio, la alta enseñanza, la alta aristocracia...

Uno de los más trajinados errores en cualquier tiempo y lugar, es el concepto ornamental de la cultura y sobre todo del arte. En ninguna parte, empero, esa ingenuidad feroz acampó tanto como en nuestra América. El arte, lo adjetivo y lo superfluo. Axioma. Que el arte es esencial profundidad, la expresión total de la vida, era noticia sospechada apenas por algún zahorí. ("El arte es la realización del hombre, es todo el hombre", les notificó Sarmiento a los yanquis). Qué extraño, si hoy mismo continúa casi inédita.

Así, pues, la interrogante levantada en muchos espíritus sobre si hemos logrado expresión propia y en qué grado, es inquietud esencial, y rebasa el límite de una mera curiosidad estética.

Desde luego que al hablar de arte entre nosotros, apenas podemos referirnos a la literatura. Ahora bien, al abocarnos a ella sin presbicia ni miopía, sin inflar ni apocar su valor relativo reconoceremos incuestionablemente que lo genuino americano se asoma muy pocas veces a sus páginas. Qué mucho, si por fatalidad implicada en nuestra condición de pueblos recién nacidos, lo americano en sí mismo es cosa aún balbuciente!

Porque es claro que la América pintoresca cuenta poco o nada. Lo que importa es la América interior, esa que incuban sus espíritus creadores, esa que está formándose y que quiere asomar y ya asoma.

Porque he aquí que el poeta, el apóstol, el político verdaderos de América, más que expresión auténtica de lo que somos (aún estamos por ser algo), han de ser una meta para nuestras posibilidades internas, un desafío que debemos esforzarnos por contestar dignamente un día.

Acaso no sabemos bien lo que es o será lo americano, pero sí lo que no es. No se solidariza con la cacharrería del folklorismo, ni con el pujo clasicista o mitologista, ni con el cosmopolitismo de feria; no está en los cronicones ingenuos del Norte ni en las románticas gerundiadas del Sud. Todo eso puede quizá servirle apenas de abono. No está tampoco en las selvas, los ríos, las cordilleras, las pampas, las bestias, las tempestades, los pájaros, mientras los sigamos mirando con ojos de turistas, sin arriesgarnos a expresarlos, es decir, expresarnos con ellos. Porque eso será nuestro, sólo cuando coloree nuestra sangre y nuestro espíritu.

América tiene que dolernos como un recuerdo y alegrarnos como una esperanza. Dolor y alegría: los dos mensajeros de toda creación. Pero no fabriquemos americanismo. Dejemos que lo americano nos venga como una gracia y nos salga como un brote.

Entonces clareará la América matinal. Aunque tampoco hemos de dejarnos acorralar por un regionalismo continentalista. Sabremos ascender a lo universal o no seremos nada.

¿Para qué decir, entre tanto, que esta América semiindia está sometida, más que nadie acaso, al rasero de la imperiosa Europa?

Porque de veras, amigos, el mundo va a convertirse pronto, o ya lo está, en un libro que repite hasta el bostezo la misma página. La supresión de la distancia, el biógrafo... Identidad, cada vez más estrecha, de costumbres, de vestidos, de instituciones, de ideas, de tipos. ¿Qué nos contará un Marco Polo que fuera ahora a China? Casi lo mismo que un chino que viniese a Occidente...

Pero es el caso de preguntarse: ¿por qué el parlamentarismo ha de convenir forzosamente a los indos? ¿Por qué los poetas nipones han de cantar como D'Annunzio o Jeán Cocteau? ¿Por qué el moro ha de cambiar el turbante por el casco?

¡Mala compañía la de la uniformidad, porque es la madre del tedio, el más sutil de los diablos! Pese a todo, el mundo parece cada vez más disminuído en belleza y la supercivilizada humanidad en hombres verdaderos. Así alguien ha podido hablar sin chanza de "la falta de dignidad de nuestros estorninos civilizados junto al árabe del desierto".

América tiene que meditar sobre esto, no menos que sobre la tristeza de mermar el contacto con la naturaleza viviente que a estar a los últimos atisbos "parece organizada según un principio de belleza", más que de utilidad. Que nos enseñen de nuevo la belleza del lirio de los campos y la dulzura de mirar la luz del sol; y que una calandria es tan interesante como un grafófono, un árbol como un rascacielo, el olor de la rosa silvestre como el de la nafta... Preciso es que el puro verde de algunos paisajes, siquiera, se libre de la prostitución de los carteles de anuncio. Y que en las almas, como en los campos, queden rincones de recogimiento silencioso y de soledad virgen.

¿Para qué decir entre tanto, que los tartamudeos más chocantes de nuestra expresión son ecos de la sucursal de Europa que dejamos de ser en lo político, pero no en lo demás? ¿Por qué tomar por idiosincracia literaria lo que es sólo escasez de alfabeto o atropellamiento u ocio? ¿Ni cómo ha de reprochárseles la garrulería y el énfasis a los discípulos de fray Gerundio, de Quintana, de Hermosilla y de Zorrilla, o a los imitadores de lo imitable de Hugo?

¿Qué mucho asimismo que se tome por nuestro, lo que es poco menos que nuestra negación? Montalvo, clasicón que para hablar de Bolívar pide emprestados su acento a Cervantes y sus arreos a Gracián; Palma, colonial tan aprovechado, que es autoridad en lenguaje y gracejos de la madre patria; Rodó, profesor montevideano de erudición esmeradísima, que con ática ingenuidad tomó en serio aquello de "Atenas del Plata"; Chocano, español vestido de plumajería autóctona, hombre de villa y corte hasta en su bufonesca afición a las privanzas áulicas; Blanco Fombona, bello ejemplar del sudamericano explosivo e inocente que emigra a la península a "hacer la España"; Groussac, catedrático de importación, probado de saberes y sospechado de ingenio, mas, como converso, menos atento a sí mismo que a placear su autoridad en ma-

teria de pasatiempos casticistas; Larreta, alteroso castellano viejo—avilés por más señas; Herrera y Reissig, acaso magnífico poeta que se malogró en hacedor de bomboneras; Zorrilla de San Martín, épico de juegos florales; Rojas, escriba que grabó en varios bloques tumulares la "Historia de la mitología argentina"...

Pero la voz de América, o el preludio de la futura voz de América, sabemos bien dónde hallarla.

Como consta en el testimonio de Waldo Frank, en el Norte, Poe y Emerson, pese a su alta jerarquía, fueron dos tránsfugas de lo americano hacia las más remotas distancias de lo exótico y lo abstracto. No tuvieron raíces. Como no eran realmente fuertes, rehuyeron el contacto con la realidad bruta. Tarea de gigante, ciertamente, penetrar esa realidad, transfigurarla, redimirla, alzarla hasta las esferas del espíritu. Ese gigante fué Walt Whitman. De Masters a Bennet los poetas de hoy son sus hijos.

En el sud, sabemos en qué lenguas habló o balbuceó la voz de América, ese acento bronco e ingenuo tan difícil de definir como de confundir. Está en el soldado español ya, con Bernal Díaz del Castillo, en aquel relato poderoso del más agudo lance de la conquista de México; está en muchas palabras purpúreas de libertad y porvenir, de Bolívar; óyeselo sonar, con fuerza creadora, en los enojos y corazonadas de Sarmiento; se deja sentir, pese a sus armas castizas, en esas páginas intensas como una batalla que capitanea Martí. También está en Darío, cuando olvidado de sus abalorios finiseculares y su corifeísmo, canta—no los tópicos autóctonos que no sabía sentir—sino su estremecida verdad lírica; también en el Lugones de los buenos ratos, cuando deja en sus párrafos el pulso de su pecho y de sus muñecas; también en versos de Silva o la Mistral; también en Rivera cuando nos angustia con la derrota de un puñado de pionners por las hormigas en el paraíso infernal de la selva del trópico, o en Quiroga hablándonos del regreso de Anaconda con palabras de bosque y magia.

Sin duda, América sólo sabrá mostrarse a la altura de su sino histórico cuando insatisfecha de ser una tierra nueva, aspire a ser un "nuevo mundo", es decir, la patria del "hombre nuevo", dispuesto a vivir la vida. Y porfiemos, ahora, que vida es la virtud de lo que está vivo, y sólo está vivo el espíritu.

Negaciones de él son igualmente el yanqui convicto y confeso de que la vida es prisa y oro como el sudamericano de pulsos tardíos.

Digamos que el contrasentido mayor del mundo moderno, llevado a lo prócer en los Estados Unidos, es codiciar desaforadamente todas las superfluidades olvidando lo único indispensable: la vida del espíritu. Este es el triunfo de Mr. Babbitt, el acéfalo señor todoelmundo, la personalidad cesárea del Norte...

Y no se trata sólo de la plutomanía obsesora. Niegan también la vida los que de la religión hacen ritos; de la moral reglas; de la ciencia, técnica; del arte, un estupefaciente o un sonajero. No sólo el culto del éxito material, trepidante y bruto como un vagón de carga; también el fariseísmo puritano y el hedonismo simiesco; el cúmulo de prejuicios carcelarios, sacramentados; el trabajo, deber de sencillez religiosa, esfuerzo de liberación, trocado en arma de lucro, de vanidad y tiranía, en montaña que aplasta u oculta hasta los más inalienables haberes del ser; los rascacielos y la velocidad y el **business** junto a la insensibilidad paquidérmica para todo conocimiento desinteresado y emoción noble.

Y no es que se proponga el ocio anacorético o la incuria salvaje, claro está; no es que se reniegue del trabajo, de la máquina, de la riqueza, de todos los logros del hombre, que aplaudió Whitman y que Sarmiento, toreador de la dejadez hispano-americana, echaba de menos, sino que todo sea una vía y no una meta, que eso sea levadura de la vida esencial y no pretexto para el nirvana del alma.

Porque a la definición zoológica de Franklin—**el hombre, un animal que fabrica utensilios**—urge oponer esta otra: el hombre es el animal que se fabrica un alma.

Demás que la burguesía cartaginesa y el comunismo con su credo económico quieran reducirlo a res de establo, satisfecha de su ración y su yacija. Se trata, en efecto, de la bestia metafísica, la bestia con vocación de infinito. Ay del hombre cuando olvida que su ideoneidad más clara es tender a lo sobrehumano. Por eso, más que la técnica de la grandeza mecánica, le importa la técnica de su yo profundo.

Es decir, el camino es inverso del seguido hasta ahora. Nada se hará con el más prodigioso perfeccionamiento mecánico, con nuevas revoluciones, con conferencias pacifistas, con prospectos electorales. Todo debe venir de adentro a fuera. Sólo eso es creación. El hombre sólo poniendo armonía en su interno caos puede ponerlo después en la realidad forastera. Y esto es incontestable como la luz. La tarea fundamental del que quiera llamarse un hombre, es enfrentarse consigo mismo, acorralar su alma, luchar con ella cuerpo a cuerpo. Y quedará quieto de mezquindad y vanidad. Entonces, podrá enfrentarse al mundo y vencerlo. Porque no hay dos caminos: o el mundo nos vence, imponiéndonos su conducta, o lo vencemos nosotros, obligándolo a respetar y aún acatar los fueros de nuestra alma. Y sólo en ese caso podremos llamarnos hombres. Acaso esa es la misión de América. La de hacedora de hombres, no de castas o pueblos. No de idólatras de cualquier dios falso: el Estado, la Iglesia, el Progreso, el Fascismo, el Comunismo. No de un parásito de las máquinas, sino de hombres creadores, es decir, en mayor o menor grado, suscitadores de vida verdadera. De entes horros de supersticiones tenebrosas, como la de que la libertad la decretan los gobiernos y no es dignidad regia que el individuo sólo puede asumir por sí mismo, o que lo que es degradación para el individuo, puede ser condecoración para una patria, o que las fábricas o los trigos pueden ser más realidad que el espíritu. Entes convencidos de que ser integralmente y libremente un hombre en verdad, en cordialidad y en hermosura supera a todos los mitos que han hecho de la criatura humana un ocupante o tenedor de cosas o mero pasto de dioses antropófagos.

Entonces América merecerá llamarse Nuevo Mundo. Y como es natural—porque son de belleza las voces caudales de la humanidad—su alma irá amaneciendo en la voz de sus poetas. "Hojas de hierba", es el primer evangelio del hombre nuevo.

Luis Franco

Un lector argentino de Sainte-Beuve

= De *La Prensa*. Buenos Aires =

Entre un capítulo de "María", la entonces flamante novela de Jorge Isaacs, y el artículo de Pedro Goyena sobre la vida corta y la obra débil de Laurindo Lapuente, la "Revista Argentina", dirigida por José Manuel Estrada, sometió, en su entrega quincenal del 15 de enero de 1871, al areópago literario de la "gran aldea", el fruto carnudo y sazonado de un escritor francés, de 23 años, residente desde hacía cinco en el país. Tratábase de un estudio sobre Espronceda, primer ensayo en castellano de M. Paul Groussac. Al mes siguiente, un nuevo ensayo del crítico bilingüe acerca de la poesía popular y los "cantares" del vizcaíno don Antonio de Trueba, brindó, desde la misma revista, el fruto gemelo, prueba definitiva que esperaba el tribunal porteño.

Uno de los jueces, atento siempre a la voz de los jóvenes y siempre dispuesto a tenderles su mano generosa, quiso conocer personalmente al autor. Era aquél don Nicolás Avellaneda, ministro de Justicia e Instrucción Pública de Sarmiento. Tenía 33 años; había sido ya legislador, ministro provincial, profesor universitario; se le contaba entre los grandes oradores de la época; su libro juvenil sobre las "Tierras públicas" mostraba el consorcio del escritor, del catedrático y el estadista. Hombre de pensamiento y de acción, emprendedor y laborioso, absorbido desde la adolescencia por la lucha política y altas funciones de gobierno, refugiábase en los libros confidentes de su mocedad y buscaba en ellos el rescoldo de una vocación literaria nunca extinguida, siempre coartada. "Cuando puedo sustraerme a lo que me rodea y releo mis antiguos libros—escribió en aquellos días—parece que se renueva mi ser. Vuelvo a ser joven. Lo que pasó, está presente; y creo por un momento que puedo envolverme de nuevo en la suave corriente de los sueños desvanecidos, cuando repitiendo con acento enternecido el verso de Lamartine o de Virgilio, los llamo y los nombro con las voces de mi antiguo cariño". Estudiante en Córdoba, había descubierto los compañeros dilectos de su soledad en los poetas e historiadores latinos. Luego, el deslumbramiento de Chateaubriand le selló el alma para toda la vida con la fascinación de su melancolía fastuosa y el amplio ritmo forestal en que se expresa. Y precedidos por Byron, heraldo inevitable del cual el mundo entero "ecoutait en tremblant les sauvages concerts", llegaron después a la intimidad de su corazón, los grandes líricos románticos de Francia. Amaba a sus poetas con fervor exclusivo, y aun admirando el arte de un Gautier exigía en la pintura poética "la nota viviente que sólo sube de las profundidades del alma y que ha hecho eternos el murmullo de las aguas del "Lago" de Lamartine, el movimiento de las hojas descoloridas del otoño en la "Tristeza de Olimpio", el paseo de Musset por el bosque de Fontainebleau; y para igualar la prosa mágica con el ritmo alado, aquel canto que Cimodocea suspiró en las rejas de su prisión, confiando su libertad y sus amores a los vientos y a los bajeles de Ausonia"...



Nicolás Avellaneda

Estatua de piedra por *José Fioravanti*



Sainte-Beuve

El joven Groussac visitó al ministro en su despacho. Hablaron de literatura, naturalmente, y dados los gustos del político y la nacionalidad, del visitante, de literatura francesa: Chateaubriand, Villemain, Saint-Beuve... El "causeur" de los "Lunes" era leído con avidez por los intelectuales argentinos que nuestra historia política y literaria denomina globalmente "la generación del 80", y entre los cuales contábase el doctor Avellaneda. Mucho antes, entre 1832 y 1837, otra generación argentina, lectora de la "Revue de París" y concurrente al "Salón" de Marcos Sastre, alistada bajo el pabellón del prefacio de "Cromwell" y las doctrinas de Echeverría, habíase sentido principalmente "arrastrada"—el verbo y la referencia pertenecen a uno de los actores, don Vicente Fidel López—por "Lerminier, Pedro Leroux y Saint-Beuve". No era éste en aquel período sansimoniano de su carrera y de la juventud porteña—lo que explica el "arrastre" del trío—el maestro sin par de la crítica francesa al que tres décadas más tarde seguían, como a un mentor, los colaboradores y amigos de la "Revista Argentina", fundada en 1868. Y fué un día de gloria para ellos aquel en que circuló por los cenáculos la noticia de un Sainte-Beuve argentino que, adoptando su sistema, estudiaría quincenalmente, desde aquella publicación, los libros nacionales... Don Pedro Goyena, joven abogado y profesor de grandes prestigios, cumplió su propóstito durante varios meses; pero la producción casera no podía ofrecerle materia quincenal para persistir con brillo, y ya decaía su entusiasmo cuando, por su propia gestión, Groussac, entregó al público el ensayo sobre Espronceda. La tácita trasmisión del cetro y la triunfal acogida lograda por el nuevo crítico, explican que el ministro, en su revoloteo literario con su visitante, se posara sobre el nombre del maestro francés. Mas no fué en aquella entrevista de la cual salió el joven extranjero con la promesa de dos cátedras secundarias en Tucumán, sino once años después, cuando el doctor Avellaneda explayó su juicio. Había cumplido ya su período presidencial, como sucesor de Sarmiento, y sin desvincularse de funciones públicas de gran responsabilidad—el rectorado de la Universidad y la senaduría nacional por su provincia—consideraba llegado el feliz momento de dedicarse, casi por entero, a su labor literaria. El "Ensayo histórico sobre el Tucumán", de Paul Groussac—quien durante la década pasada había sido educador y periodista en "el jardín de la República"—sugirió a su pluma, en 1882, un hermoso comentario, cuyo comienzo completaba, como se verá, la impresión pretérita:

"Han pasado ya algunos años, desde que el nombre de don Pablo Groussac nos fué por vez primera revelado. Escribía en una de nuestras revistas sobre

Espronceda, el poeta del "Diablo Mundo", y sobre Trueba, el cantor popular. Quedamos sorprendidos. No habíamos leído en nuestro idioma apreciaciones más finas y de un vuelo tan elevado. El análisis se mezclaba al drama. Era un estudio literario y a la par un estudio humano. En el poeta se buscaba al hombre y a través de sus versos se divisaban las vicisitudes de su vida o las palpitaciones de su corazón. ¡Cuánta distancia había entre este modo de exponer y juzgar las obras literarias y las persecuciones gramaticales de Villergas o aquellas disecaciones o calificaciones de Martínez de la Rosa en su "Poética", que no es sino un herbario! Era la aplicación entre nosotros de los procedimientos de la crtica moderna, como es practicada por Sainte-Beuve o por Nisard"...

¡Sainte-Beuve! Continuaba en el apogeo de su magisterio porteño. Se imitaban sus normas; se leían sus estudios como una enciclopedia segura que ahorra mucha lecturas directas y suministra conocimientos repentinos. Avellaneda consultaba frecuentemente la inmensa galería y aplicaba también a sus retratos aquel procedimiento que se gloriaba de hacer "l'histoire naturelle des esprits". Pero un grave mal minaba su organismo; la lucha política había debilitado sus fuerzas y apenas pudo aprovechar el relativo reposo que tanto ansiara. En junio de 1885 partió hacia Europa para someterse a un tratamiento médico, y residió tres meses en París sin conocer la mayoría de sus aspectos urbanos. En su lecho de enfermo volvió a leer a sus poetas... ¡Si hubiera podido visitar al solitario de Saint-Malo, en su islote tumulario, y saludar la casa campesina de Milly, o seguir "por la calle de los Molinos las huellas de Alfredo de Musset!" Conocían sus familiares la proximidad de su fin, y auxiliados por don Aristóbulo del Valle, convencieron al enfermo de la necesidad de regresar a la patria, donde se le necesitaba. Embarcóse con aquéllos y su amigo, en Burdeos, el 5 de noviembre, y se agravó en el mar. Leía, sin embargo, algunas horas diarias, y entre sus libros predilectos figuraban las "Causeries" de Sainte-Beuve. Un día tomó el volumen IV y releyó el severo juicio sobre los dos primeros tomos de la "Histoire de la Restauratión" de Lamartine. Pasó el libro al doctor Del Valle y hablaron luego largamente sobre el "Cisne"... ¿Tan solo sobre el Cisne de Macón? Dos tribunos como Avellaneda y Del Valle hablando de Lamartine, debieron de evocar también al orador de verbo órfico que en la revolución de 1848, acorralado por el populacho en plena calle, de pie sobre una silla, ciñendo con un brazo a un individuo cualquiera y accionando con el otro, ante las armas que le amenazaban, contuvo con su palabra a la multitud y la venció...

Aquellas páginas de Sainte-Beuve fueron la última lectura del enfermo. Murió pocos días después, a bordo, ya próximo al Plata. Y he aquí por qué se exhibe, con otros objetos personales del ex-Presidente, en una vitrina del Museo Histórico de Buenos Aires, el volumen IV de las "Causeries du Lundi".

Rafael Alberto Arrieta

Estampas

Sigamos con el grito de Unamuno: "¡Guerra al pedagogo!"

= *Colaboración* =

En un pueblecito argentino aprovecha un lector adolescente los restos de una biblioteca existente en la escuela local. Son "tomos de tela verde, con el escudo argentino, dorado sobre la cubierta".—El maestro pone en sus manos "Las Metamórfosis de los Insectos". Lee con avidez y la lectura vuelve meditativa su inteligencia. También el padre de este adolescente "durante la noche, mientras andaba sumisa y hábil la costura materna", se aprovecha de la biblioteca leyendo "La Jerusalem Libertada". La experiencia de las nobles lecturas es ésta: "Aquello fué la primera luz de mi espíritu, la surgencia de la honda fuente que venía a revelarme el amor de la naturaleza por medio de la contemplación científica. Y yo sé que esto ha constituído la determinación profunda de mi vida intelectual. Mi predilección por las ciencias naturales que contribuí a instituir como fundamento de la enseñanza, débolas a ese estudio infantil". Y del libro del Tasso. "Y recuerdo que me conmovió hondamente la leyenda de la selva encantada, con sus árboles sangrantes y sus láminas de pavoroso dibujo. Así conocí la poesía y vino a mi alma la Italia melodiosa, en aquella aldea serrana, bajo el silencio fecundo de la noche campestre, junto a los pequeños Ramón y Santiago que dormían en sus cunas, rubio el uno como un pollito, morenillo el otro como una perdigón" (1).

El educador que llenó de bibliotecas el suelo argentino fué Sarmiento. Lugones era en 1882 el adolescente que en el pueblecito fronterizo de Ojo de Agua podía leer páginas fecundas gracias a la obra educadora de Sarmiento. Su relato detiene al lector reflexivo y lo hace admirar la autodidáctica de estos dos grandes hombres de América. Porque tanto Sarmiento como Lugones han hecho del libro la fuerza primordial de sus vastas culturas. En el primero, naturalmente, es superior el esfuerzo autodidacta. La barbarie contra la cual tuvo que luchar para que no hiciera de él estropajo invadía por todos los confines. Barbarie primitiva y por lo mismo feroz. Los medios de destruirla tuvo que conquistarlos Sarmiento solo. Y en desasosiego tenaz. Le nace de ese batallar su vocación de educador que no es, según Lugones, sino "compasión a la ignorancia y amor a la verdad". Dispersó libros, que es dispersar ideas ordenadas para dar combate en el rumbo de la cultura. El que no se resigna a que lo agobie la ignorancia, la innata y la que difunden los pedagogos, busca el libro. Sarmiento, que estuvo por su pobreza, libre de la segunda de esas ignorancias, no dió jamás tregua a la lucha contra la primera. Creció impetuosamente y pudo organizar una nación que diera a sus pobladores lo que él no había tenido. ¡Tantas cosas no había tenido Sarmiento! Le faltó escuela y la compasión que le inspiraban tantas gentes infelices lo hizo construir muchas escuelas y formar ejércitos de maestros.

Pero creía Sarmiento que el pedagogo es fatal cuando se rutiniza y pedía a los maestros capaces tan sólo algunos años de servicio. Después, a otras actividades y el campo libre para espíritus de refresco. La ignorancia comunicada por el pedagogo fosilizado es desastrosa.

¿Y en 1933 no vuelven a pensar como Sarmiento los personajes reunidos en Europa para defender el porvenir de la cultura? En el resumen y comentarios del ilustre doctor Gregorio Marañón, que acaba de publicar **Repertorio,** encontramos esta conclusión rotunda: "Lo más concreto ha sido a este respecto el acuerdo de que la pedagogía es el mayor obstáculo para la cultura... Hay una cultura mínima, que se da y se toma, "secundum artem", por los maestros en pedagogía. Lo demás lo enseñan los maestros que son antipedagógicos, los maestros libres: y por encima de éstos, el azar que gobierno los mundos, por lo común, con delicado tino". Vuelven a pensar estos hombres ilustres como hace muchas décadas pensó Sarmiento. En el argentino genial su anatema contra el pedagogo rutinizado le salió, no hay duda, de su autodidáctica. Porque todo su saber no fué sino saber al servicio de los pueblos que luchaban contra la barbarie. Es decir, su inmensa cultura adquirida solo, estuvo trabajando en la obra grande de matar la ignorancia y despertar el amor a la verdad. Pero todo en obra de creación, que es obra relacionada, no aislada, no egoísta, no empequeñecida. La visión de Sarmiento fué profunda. La pedagogía que él vió arruinando al maestro no es hoy mejor pedagogía. El grito del europeo no tiene mayor fuerza condenatoria que el del americano de años atrás.

Suele repetir un amigo que tengo, maestro libre, que pedagogo y pedante tienen la misma e invariable raíz. Conoce tal amigo con profundidad a Sarmiento y de seguro la faz que más lo ha cautivado es la de educador, que en el argentino es grandiosa. Ha conocido al pedagogo con todas sus limitaciones y ha encontrado que le falta el sentido de ponderación. Por esto es simulador y adopta posturas. ¿Por qué si-

(1) Véase el final del Cap. VI de la estupenda *Historia de Sarmiento*, por Leopoldo Lugones. Editorial B. A. B. E. L. 1931.

mula el pedagogo? Porque se ha estacionado y la rutina lo ha cogido como coge la vegetación liquenosa a la piedra que dejó de rodar. La rotación no trae al espíritu del hombre limitaciones. Cuando entiende el hombre que la luz no entra sólo por claraboyas abiertas a la altura y en la dirección menos propicia, no llega a avenirse nunca con eso que llama el ilustre Marañón "cultura mínima". La luz que viene de muchos rumbos llena también espacios y da mayores y más variadas influencias. Unilateralizarse es perder contactos para la rotación. El pedagogo los pierde todos y esta calamidad lo convierte en mole caída precisamente sobre la cultura.

El educador no tiene semejanza con el pedagogo y es por el contrario su combatiente tenaz. Realiza una obra grande de cultura. Educador es Sarmiento y la barbarie no tiene enemigo que la siga con mayor número de medios combativos. Su honda piedad por las masas fanatizadas e ignorantes, lo lleva a la empresa admirable de enseñarlas a leer. Y después a darles libros por medio de bibliotecas instaladas en todos los confines. Sabe que las ideas transforman y no mueren jamás. Al contrario del pedagogo, que las limita y cuando las juzga libertadoras, las encadena. Sarmiento a los setenta y cinco años, cuando ya tiene conquistado un reposo decoroso, no ha abandonado la pluma en defensa de las ideas que otros persiguen. Abrió los caminos de la cultura y éstos no han de cerrarse mientras él pueda ceñir pluma combativa. La barbarie está aminorada, pero si se abandona la vigilancia y no hay quien luche por las ideas, pronto volverá devoradora la regresión. Por esto quiere que a cada villorio llegue la biblioteca. Y el bien que hacen los libros dispersados con el intento de que sirvan las aspiraciones de la gente que no puede costearlos o que no ha sentido la atracción de la lectura. La anécdota contada por Lugones sirve para elevar a altura desde donde la América nuestra pueda verla, la obra cultural de Sarmiento. Lugones encontró cuando su vida necesitaba precisamente aquel estímulo, las ideas propicias. El autodidacta se topó en aquella biblioteca descabalada con el punto de partida que le ha servido, creemos, para desarrollar la férrea disciplina sobre que se asienta su vastísima cultura. Sólo por esto son dignas ya de la admiración las bibliotecas populares diseminadas por Sarmiento. Sólo por este ejemplo grande debía cada pueblo de los nuestros exigir la dispersión del libro como manera de situar ideas y con ellas cultura, libertad.

Pero es hacerse ilusiones. Sarmiento está perdido, aun para estos pueblos que aprenden a leer, pero no tienen qué leer. Pueblos ordenados por la incomprensión inculcada por el pedagogo, es decir, por el pedante, por el obstaculizador. Su ejemplo no puede irse de nuestra América, porque aun está por hacer para casi todos los pueblos lo que él afirmó en la Argentina. A Sarmiento tenemos que volver el pensamiento y adiestrarnos en la manera de adquirir cultura. La ignorancia innata y la impartida por las pedagogías no se despega de nuestra vida si no es oponiendo estudio personal. ¿Y quién mejor puede enseñar el camino de la autoridáctica que el argentino superior, el que conoció sus limitaciones y las derribó como leños atravesados para hacer imposible todo avance? La cultura, ese estado del espíritu, porque se reunen a deliberar gentes de Europa, para los pueblos de nuestra América tiene muchas batallas ganadas. Lo importante es saber que tenemos visionarios que dieron barridas tremendas contra la barbarie y limpiaron suelo y espacio para arraigar la cultura. Saberlo y volver a la lucha sin desfallecer. No nos pedagogicemos, pero tampoco nos intelectualicemos. Si ser pedagogo es cerrar el espíritu a innúmeras posibilidades de trabajar por la cultura, ser intelectual es abandonar el concepto de hombre afirmado por Hostos: "en toda la extensión de la palabra, en toda la fuerza de la razón, en toda la energía de la virtud, en toda la plenitud de la conciencia".

El intelectul es estigmatizado y cuando la voz que lo acusa es honrada conviene insistir en el estigma. El doctor Marañón dice de ese tipo ensimismado: "Al intelectual, en el mundo de ahora, se le ha atrofiado el sentido de su responsabilidad moral, de su deber de austeridad y de sacrificio, de su necesidad de ser, antes que nada, amigo indisoluble de la justicia". Comprendemos así que pedagogos e intelectuales son gente dañina. Afirmemos entonces como tipo fuerte el que nos ofrece Sarmiento educador.

Juan del Camino

Costa Rica y julio de 1933.

El cuchillo...

(*Viene de la página 56*)

rigirse con puntería; todo lo cual es extraño a su finalidad y naturaleza: inclusive la puntería que exige el punto fijo, siendo que la agresión es dirigida, en la pelea, a un punto cualquiera del cuerpo, según lo ofrezca vulnerable el adversario Y aún en ello no hay nada del pulso, de la fría intención, sino del golpe de vista, de lo espontáneo, de lo inventivo, de lo que brota con la instantaneidad inconsciente de ese movimiento opuesto e inefable que en el animal perseguido se llama gambeta y que también existe en su puro valor de defensa, en el hombre agredido.

Hasta la punta misma del cuchillo actual llegaba en la espada lo inherente al dueño, lo que formaba unidad con el brazo. Al acortarse hasta ahí dejó al hombre librado a su fuerza, a su arte y a su destino. Esa parte es, además, la seria, la inclemente; la finta estaba en lo que ha perdido de longitud. No queda ya apelación a lo imprevisto ni a la teoría.

Así pequeño puede llevarse entre las ropas y entonces adquiere el mérito de un amuleto junto a la carne. Como utensilio "interior", participa de lo mágico. Su fidelidad se siente paso a paso en la marcha pedestre y es la compañía del paso. Se lo puede llevar en la cintura, que es la altura del cuerpo en que los brazos descansan con naturalidad. Al costado va el ancho y corto de cuerear. El que se lleva a la espalda, señalándose bajo la ropa, agazapado, es el peligroso; cuchillo del domingo, el prohibido. Del cabo puede colgarse el rebenque, porque el cabo es todavía la mano.

Es raro el suicidio con él; es un arma del hombre para afuera, de la empuñadura hacia la punta; no se vuelve contra el amo, como el perro, que es a lo que se parece más. Puesto que toma sentido supersticioso en lo que tiene de amuleto, es propicio por excelencia. La hoja desnuda es la advertencia del peligro; declara la anchura de la herida y su profundidad; es en el aire como la medida metálica del agujero en la carne; hay entre el acero y la carne una misteriosa correspondencia, que es cortar, y hasta entrando en la vaina previene que puede herir. La sangre deja limpio el acero, pero se acumula y oscurece en el lugar en que la hoja se une al cabo (donde lo que participa del mundo se une a lo que pertenece a la mano): o se la embebe el mango, si es de cuero o de pata de ciervo.

Hay el cuchillo de todos los días, cuchillo de trabajador, con mango de madera o encorado, de hoja desgastada y filo curvado de tanto usarse; y el de las fiestas, de filo rectilíneo, sin rastro casi de la afilación, de plata, con iniciales y labrado. Esa es el arma ornamental, con una S que es la estilización de la empuñadura, que ampara y no priva del contacto en el golpe. Hasta puede llevar dos versos inscritos en la hoja, como el del Chacho. Ese es el facón, más largo, con dos estrías longitudinales, doble filo apenas embotado y un arabesco arborescente, en medio del cual, la marca de fábrica; la armería más que el posesor. El cuchillo es de un filo, pero fino, afinadísimo en el trabajo delicado en la chaira o contra otro, con la voluptuosidad de un afeite personal. Su filo se prueba sobre la yema del pulgar y la sensación sutil indica su finura. Con la uña se aprecia su temple y golpeando de plano es ofensivo. En el saludo se suele amagar que se extrae, y basta llevar la mano al mango, como se chista al perro demasiado guardián.

Bien manejado puede apenas rasgar la epidermis, y hay una clase de consumada destreza que consiste en tatuar al adversario como a un esclavo, en ponerle marca como a la hacienda, que significa vasallaje sin manumisión posible.

El mérito del cuchillo está en la punta lo mismo que en el florete; pero no termina allí; el florete es sólo un punto; el cuchillo está en la punta, más sigue a lo largo de la hoja. El golpe de filo, el hachazo, indica indulgencia o desprecio y es así como hiere el hombre de a caballo. Es el golpe del caballero al hombre pobre que va a pie.

Ezequiel Martínez Estrada

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Libros y Autores

"TRINCHERA" DE ENRIQUE ESPINOZA

(De *La Nación.* Santiago de Chile)

Son raros los chilenos que tienen un conocimiento bastante amplio y fresco de la literatura argentina, o de cualquier otro país del continente. Y la literatura argentina es un interesante experimento. La fusión de razas y la proximidad de Europa les da a ellos una vitalidad y una inquietud que nosotros apenas podemos sospechar. Ya Sarmiento apuntaba de antiguo la "catolicidad" del ambiente cultural argentino, su desdén por lo castizo cuando esto significaba una barrera para la libre entrada de las ideas de cualquier país.

De este cosmopolitismo intelectual participa Enrique Espinoza, el fervoroso y militante crítico de "Trinchera". Cosmopolitismo solamente en cuanto signifique brazos abiertos para el pensamiento innovador, y resistencia activa contra el provincialismo estrecho; pero de ninguna manera una mezcla híbrida, sin genio particular. No; para Espinoza existe un americanismo superior, que es el trasunto de esas ideas aclimatadas en el ambiente vastísimo y virgen del nuevo mundo.

Edwards Bello, en líneas que me honran, aludía ayer a estas mismas ideas. Ciertamente, cuando se mira a América de lo alto y de lejos, no puede dejarse de percibir una fisonomía propia aun en la disparidad de razas y culturas desparramadas entre los dos polos. Existe ya un espíritu americano que va plasmándonos lentamente a los hombres nórdicos como a los meridionales, y que adquiere relieve propio cuando lo ponemos al lado del tipo medio del europeo. Este concepto de americano significa ambición grande, liberalidad, amor de la novedad y del cambio, y otros rasgos que aparecen antitéticos con el hábito conservador, meticuloso, avaro, por experiencia de duras necesidades del europeo en Europa. Porque el europeo transplantado a América ya es otra cosa.

No es raro, pues, descubrir en Espinoza una generosa comprensión del nuevo espíritu norteamericano, tal como lo expresa Waldo Frank, el ensayista y novelista estadounidense. Tiene que ser un nuevo pacto de alianza con la vieja madre Europa, a fin de constituirnos en herederos y continuadores de su espíritu, no de sus rasgos consuetudinarios. En este sentido los americanos del norte como los del sur volvemos a estar unidos, por cuanto somos, en realidad, un conglomerado de razas y un almácigo de ideas occidentales. Poner orden y claridad en esta exuberancia, es nuestra misión.

Espinoza, como hombre y como escritor, es uno de los espíritus más abiertos y acogedores que hayamos encontrado en nuestras andanzas. Su amor de la literatura trasciende del libro y enfrenta al hombre, a su ideología. Le gustan las ideas bien acendradas, las opiniones netas. Su devoción ejemplar por pensadores y artistas como Baldomero Sanín Cano, Horacio Quiroga y aun Leopoldo Lugones, retrata al hombre mejor que una larga biografía. Puede discutirse apasionadamente con Enrique Espinoza, que él nos respetará más a medida que ahonde en nuestra sinceridad.

Suya es la idea de levantar tienda temporal en cada capital de América para una revista que aúne la labor de los escritores del continente, y que lleve de pueblo en pueblo ese recordatorio de la unidad espiritual de lo americano. Los tiempos no son favorables a esta labor misionera, pero tengamos la seguridad de que Espinoza no ha de desmayar jamás. Está en sus venas esa virtud de la perseverancia en la tarea más ingrata; esa fe viva en la unidad dentro de la variedad y el concepto de que el soplo de un cálido humanismo constantemente enriquecido, es lo único que puede crear la verdadera fraternidad y la paz entre los pueblos, o a lo menos entre un núcleo directivo cada vez más ancho y poderoso.

Esas son algunas de las ideas que nos sugiere esta serie de ensayos vivaces y "provocativos".

Ernesto Montenegro

EL ULTIMO LIBRO DE WALDO FRANK

Desde Nueva York nos ha escrito Waldo Frank lo siguiente:

Señor director de "La Nación": Acabo de ver una edición clandestina de mi libro "Dawn in Russia", publicada por una editorial que dice tener su sede en Buenos Aires. Esta edición, que se beneficia deslealmente con la deplorable falta de un tratado editorial entre los Estados Unidos y la Argentina, perjudicará, sin duda, la legítima venta de la edición autorizada del libro publicada por Espasa-Calpe y titulada "Aurora Rusa". La traducción autorizada proviene de un escritor competente y responsable; y, por el privilegio de realizarla y venderla, los editores me han hecho un anticipo sobre los derechos. Con su inconsulta acción, la editorial a que aludo ha causado así muchos perjuicios distintos. Ha dado a luz una traducción sin ofrecer al autor de la obra la oportunidad de revisarla; ha expuesto la labor del traductor legítimo; ha despojado, tanto a los editores autorizados como a mí mismo, de los beneficios de la venta del libro, beneficios que bajo el sistema económico presente nos corresponden y que editor y autor necesitamos a fin de poder sobrevivir.

Se trata, por parte de los caballeros de esa editorial, de un acto absolutamente poco generoso; y de un acto que no está de acuerdo con mi experiencia de la Argentina. Estoy seguro de que los ciudadanos de ese país querrán manifestar su desaprobación ante tal comportamiento, cosa que pueden efectuar no tomando en cuenta el volumen clandestino y reconociendo y, comprando sólo la traducción auténtica publicada por Espasa-Calpe.

No he tenido todavía tiempo de examinar la versión a que me refiero. Pero mis ojos han caído al azar sobre la última frase del libro. Esa frase dice: "We must "forge" our part of the future in the form of our own genius". La traducción clandestina dice: "Debemos "olvidar" nuestra parte del porvenir mundial en la forma de nuestro propio genio". Olvidar significa en inglés "forget"; mientras que "forge" significa cosa bien distinta: forjar, tramar, crear, inventar. De esta suerte podrá advertirse cómo esta edición clandestina me traiciona, no sólo como a una persona que, desgraciadamente, tiene que ganarse su vida con la pluma, sino también como escritor. Y traiciona también a todo lector que compra este libro, en la creencia de que obtiene una versión leal de mi pensamiento.

Similares injusticias se habrán cometido, a no dudarlo, con otros escritores y, a través de las traducciones fraudulentas, con los lectores de muchas obras. ¿No redundaría en beneficio del público culto de la Argentina protestar por sí mismo estableciendo una "ley no escrita" contra las ediciones clandestinas, en tanto pueda ser suscripto un tratado equitativo entre los dos países? ¿Y no deberían los críticos de la América del Sur hacerse un deber del descubrimiento y exposición a la pública condena de las casas editoriales que cometen, por esta práctica, un delito contra la República de las Letras y perjudican el buen nombre de la América hispana?

Waldo Frank

(*La Nación.* Buenos Aires, 10-3-933).

UN FRAGMENTO DEL LIBRO "ESPANTAPÁJAROS"

En cualquier parte donde nos encontremos, a toda hora del día o de la noche ¡miembros de la familia!; parientes más o menos lejanos, pero con una ascendencia idéntica a la nuestra.

¿Cualquier gato se asoma a la ventana y se lame las nalgas?... ¡los mismos ojos de tía Carolina! ¿El caballo de un carro resbala sobre el asfalto?... ¡los dientes un poco amarillentos de mi abuelo José María!

¡Lindo programa el de encontrar parientes a cada paso! ¡El de ser un tío a quien lo toman por primo a cada instante!

Y lo peor es que los vínculos de consanguinidad no se detienen en la escala zoológica. La certidumbre del origen común de las especies fortalece tanto nuestra memoria, que el límite de los reinos desaparece y nos sentimos tan cerca de los herbívoros como de los cristalizados o de los farináceos. Siete, setenta o setecientas generaciones, terminan por parecernos lo mismo, y (aunque las apariencias sean distintas) nos damos cuenta de que tenemos tanto de camello como de zanahoria.

Después de galopar nueve leguas de pampa, nos sentamos ante la humareda del puchero. Tres bocados... y el esófago se nos anuda. Hará un período geológico, este zapallo ¿no sería hijo de nuestro papá? Los garbanzos tienen un gustito a paraíso, ¡pero si resultara que estamos devorando a nuestros propios hermanos!

A medida que nuestra existencia se confunde con la existencia de cuanto nos rodea, se intensifica más el terror de perjudicar a algún miembro de la familia. Poco a poco, la vida se transforma en un continuo sobresalto. Los remordimientos que nos corroen la conciencia, llegan a entorpecer las funciones más impostergables del cuerpo y del espíritu. Antes de mover un brazo, de estirar una pierna, pensamos en las consecuencias que ese gesto puede tener para toda la parentela. Cada día que pasa nos es más difícil alimentarnos, nos es más difícil respirar, hasta que llega un momento en que no hay otra escapatoria que la de optar, y resignarnos a cometer todos los incestos, todos los asesinatos, todas las crueldades, o ser, simple y humildemente, una víctima de la familia.

Oliverio Girondo

Imprenta LA TRIBUNA